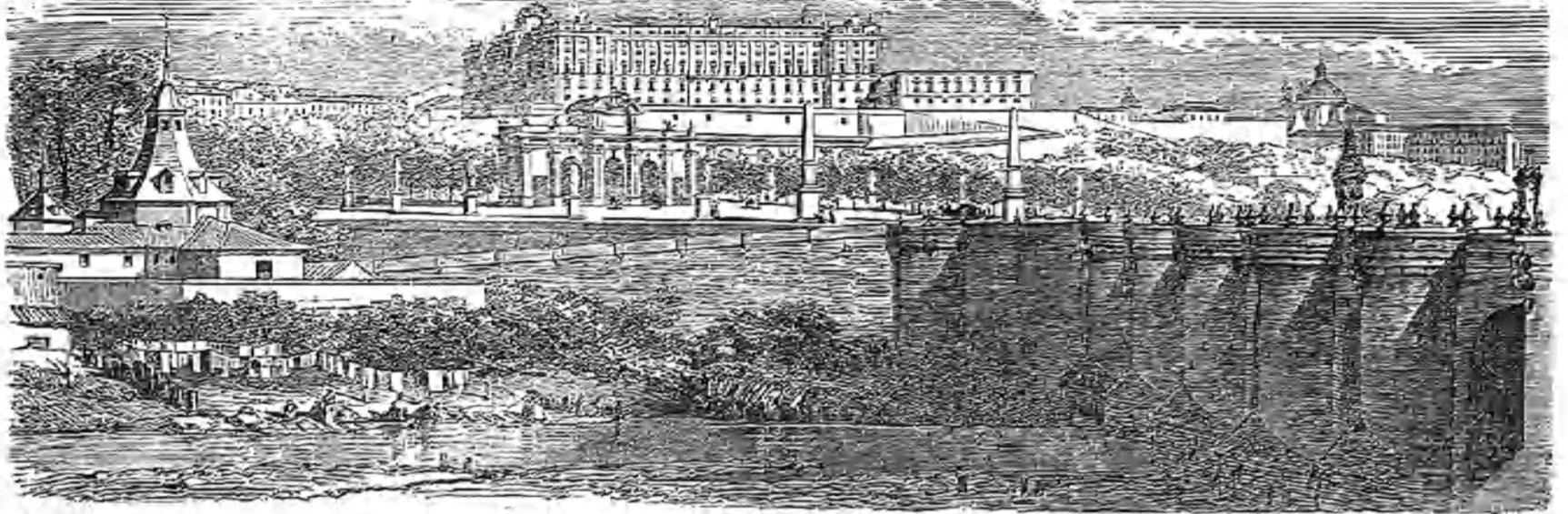


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE ENERO DE 1872.

NÚM. 50.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Ferrandis Flores.—Crónicas de la quincena, por D. B. Pérez Galdós.—Los pequeños poemas, por D. S. López Guisasa.—El día de San Antón, por D. Ferragudo Felguosa.—Manifestación popular celebrada en Málaga el día 1.º de enero de 1872, por X.—Dos versos (sonetos), por D. Anselmo Arce.—Improvisado en las ruinas del teatro romano de Sagunto (poesía), por D. Antonio Clavero y Codina.—Arco de Trajano en Mérida, por X.—La casa de D. Mariano Monasterio, Madrid, por F.—Revista de los trabajos de las Academias y sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Placido Jamer.—Fray Celerino González, por A. S.—Obras públicas en Madrid. Nuevo depósito de aguas del Lozoya, por X.

GRABADOS.—Fray Celerino González, dibujo de D. A. Perea.—Exposición de Bellas Artes. Sección de Escultura. Friné, estatus de D. Francisco Barragán, dibujo de D. A. Perea.—Arco de Trajano en Mérida, fotografía de Laurent.—Obras públicas en Madrid. Nuevo depósito de aguas del Lozoya, fotografía de Laurent.—Torre de las Uñas y casa en que vivió Melgarejo, dibujo de D. A. Perea.—Manifestación popular celebrada en Málaga el día 1.º de enero de 1872, dibujo de D. J. J. Pellicer.—Escudo. Sr. D. Vicente Borrantes, dibujo de D. A. Perea.—Casa de D. Mariano Monasterio, (Fuente Castellana; Madrid), dibujo de Don Daniel P.

los árboles, las púes de los brutos, las hojas, el lino, el esparto; y haciendo lengua de la mano hablamos con ella, y metimos nuestras palabras bajo un sobre, y las enviamos á todos los extremos del mundo.

La escritura es una voz que oímos con los ojos, así como la música es una escritura que leemos con los oídos. Quien no tenga más voz que su voz natural, no será entendido ni oído del mundo, y se morirá de hambre si no se mete á cantar óperas. De aquí que en la sociedad se haya dado hasta ahora tanta importancia á la escritura. «Es un hombre que no sabe escribir,» decimos para significar que uno cualquiera es la suma ignorancia.

De la palabra á la escritura hay un paso gigantesco; pero de ésta á la imprenta la transición es natural y lógica, porque el ingenio humano es un obrero infatigable. Vino, pues, el descubrimiento de la imprenta, y la pluma de ganso quedó reducida al servicio particular de cada uno: las ciencias, la literatura, la política, hablaron á la conciencia universal con caracteres de madera, de plomo y de hierro. Hoy escribimos aún con nuestra propia mano los originales de las obras que se imprimen; pero muy en breve la pluma quedará abolida para siempre. Tendremos máquinas de escribir como las tenemos ya de coser. Oid y creed.

El *Navigation Guardian*, el periódico de mayores dimensiones que se publica en Inglaterra, se compone con una máquina que hace el trabajo de los cajistas. La rapidez de la composición es vertiginosa. Cálculase en Inglaterra que un buen obrero de las grandes imprentas pueda componer á razón de 1.600 letras por hora. La máquina de que trato compone 19.000 en igual espacio de tiempo. Lo más admirable y característico de este invento es la separación del obrero y la máquina. La máquina lee el original por sí sola.

No puedo entrar en la descripción de esta máquina, pues necesaria para ello de bastante espacio; pero sí diré que poniéndola en relación con ciertos tecla-



FRAY CELERINO GONZALEZ.

ECOS.

Hubo un tiempo en que los hombres para entenderse habían necesariamente de hablarse. Tenía Vd. un amigo en la China y quería Vd. comunicarle sus pensamientos, pues tenía Vd. que echarse al hombro las alforjas y soplarse en el imperio celeste. Por fortuna, algún mundo inventó las letras del alfabeto, dando eterna vida á la fugaz palabra, y redimiendo de su pesada esclavitud á la lengua y los oídos. Entonces se callaron los hombres y empezaron á hablar las piedras, los troncos, las cortezas de

dos que la dirigen, podrían seguirse las discusiones de una Cámara desde distintas poblaciones, suprimiendo así no sólo los tipos, sino los taquígrafos.

Gracias á esta máquina, el precio de los libros y los periódicos es susceptible de bajar hasta un tipo insignificante. No habrá autor bueno ni malo que no vea impresas sus concepciones. No habrá ya editores ni obras inéditas. Cada cual tendrá en su casa uno de esos instrumentos, uno de esos pianos impresores, y en vez de tomar la pluma para escribir una novela, ó una carta, ó una poesía, pasará las manos sobre el teclado como quien toca una mazurka y la obtendrá ya perfectamente impresa.

La máquina de componer, perfeccionándose como todos los inventos, llegará á ser un mueble doméstico indispensable. Llevará la correspondencia de las familias y la cuenta de la lavandera. Y habrá máquinas de escribir con buen estilo, especialidad para memorias, cartas de amor y peticiones de dinero prestado, y hasta las habrá que impriman corrigiendo las faltas de ortografía.

Leo en un diario:

«Ha llegado á Madrid el célebre prestidigitador don Paulino Hanch.»

Dice otro periódico:

«Madama Alice y M. Cazeneuve siguen dando sus funciones de nigromancia con aplauso del público.»

Y otro añade:

«Se espera dentro de pocos días á mademoiselle Benita Anguinet.»

¿Qué es esto? ¿Qué invasión de prestidigitadores nos amenaza? ¿Es posible que el siglo XIX crea en la nigromancia y se entretenga con los juegos de manos?

No; el siglo décimo nono desprecia la magia y conoce ya cuán poco mérito tiene tragarse una espada ó arrojar llamas por la boca. Su ilustración le impide creer en nada que no sea filosófica, positiva y palmariamente demostrable. Así es que niega el arte adivinatoria y sólo cree... en el espiritismo.

Una de las obras de escultura que más han llamado la atención del público en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, es la de D. Francisco Barzaghi, *Friné ante sus jueces*, estatua de mármol cuyo autor ha obtenido con justicia por tan bello trabajo un premio de segunda clase.

En una de las planas de este número encontrarán nuestros lectores la copia de esta escultura, propiedad hoy de uno de nuestros más distinguidos pintores.

Ante esa mujer de mármol llena de seducción y de gracia, he comprendido que los jueces en los tiempos presentes se encuentran en situación y circunstancias más cómodas que los antiguos para administrar justicia. El traje del bello sexo contemporáneo no se presta á ese género de exhibiciones, tan agradables para los jueces dotados de sentimientos artísticos como funestas para la razón. Por muy apurado que se encuentre un letrado en la defensa de un reo, hoy no la es lícito desahuciarlo para antañecer á los jueces.

Friné ha ofendido á los dioses y debe ser condenada por su impiedad. El tribunal se reúne para juzgarla. Hipérides, famoso jurisconsulto, entra llevando de la mano á la hermosa y opulenta cortesana, á la amante de Praxíteles, al modelo de Venus, á la suma perfección y resumen de gracia, de hermosura y de elegancia del arte griego. Friné palpita de temor bajo su lijera túnica, que ras en pliegues rectos y pesados abre el pavimento, como caen en su pecho desmayadas sus esperanzas. Hipérides, por su parte, como buen letrado, no ha leído la causa, para encontrarse más desembarazado en la defensa. Viene decidido á defender á su cliente contra los hombres y contra los dioses. Los jueces están inmóviles, sentados á plomo en sus sillas, entre sí piensan ó duermen. Algunos de ellos miran con el raballo del ojo á la hermosa cortesana, y sin dejar de aborrecer el delito, comprenden que se puede amar al delincuente.

En tanto Hipérides habla más que un dentista: Friné, exclama arrebatado por la elocuencia, no ha faltado á los dioses: antes bien los ha colmado de beneficios. Venus vivirá por ella en las generaciones futuras, los nombres de Friné, de Venus y de Praxíteles vo-

larán unidos en los siglos proclamando la grandeza de Atenas!

¡Pobre Friné! Estas sublimes palabras no conmueven aquellos jueces de estuco. Hipérides comprende una vez más la inutilidad de las razones, y no encontrando al magistrado busca al hombre.

¡Entregad al castigo este cuerpo que envidian los dioses! dice, y derriba con fuerte mano y de un sólo golpe la túnica de Friné.

Quedó la cortesana erguida sobre el pedestal de sus caídas vestiduras, como náyade que nace de un copo de espuma, bañada al propio tiempo del rubor de su imprevista desnudez y del orgullo de su magnífica hermosura.

¡Oh Dios! Jamás ha producido tanta sensación en tribunal alguno la exhibición del cuerpo del delito! Hipérides, abogado rampón, ayuda de cámara de tus pobres defendidos, no es á Friné á quien sacas así públicamente á la vergüenza! ¡Es á la razón, á la verdad, á la justicia, á quien has dejado en cueros!

Los jueces absolvieron á Friné, pensando, sin duda, que no podía haber ofendido á los dioses quien tenía tan buenas formas.

¡Oh respetables magistrados que os quedais calvos estudiando la moral y el derecho! ¿De qué os sirve, decidme, vuestra ciencia y vuestra peluca, cuando el travieso amor cose á unos autos alguna mujer bonita?

Apesar de la civilización y del mirriñaque, los tribunales modernos, como los de la antigua Grecia, en muchos casos hacen con detrimento de la justicia la apoteosis de la belleza.

Y es que á despecho de la filosofía y de la razón, el hombre, siquiera sea procurador, juez ó abogado, siempre es artista.

En el número anterior, LA ILUSTRACION DE MADRID publicó una bella lámina de uno de los más interesantes monumentos de Granada. Hoy ofrece á sus lectores, aumentando así el Album de esa ciudad, el grabado que representa la Torre de las Damas y la casa en que vivió el pintor Melgarejo.

Es debido al lapia de D. Martín Rico, y lleno por lo tanto de verdad y de sentimiento artístico.

La empresa del ferro-carril del Mediodía tiene propósito de establecer trenes de recreo entre Madrid y Lisboa, con motivo del Carnaval.

Es una feliz ocasión para viajar en traje cómodo. Recomiendo á los portugueses, con este objeto, el traje de Pierrot ó el de mágico, abstracción hecha naturalmente del cuernucho.

Algun periódico ha criticado el propósito de la empresa del camino de hierro que une las dos capitales de la Península, suponiendo que nuestras pobres mascaradas y estudiantinas, y las vergonzosas orgias del entierro de la sardina, no merecen ser vistas por los extranjeros.

¡Bah! Yo tengo para mí que Madrid con máscara debe gustárles más que con la cara propia.

En el momento en que escribo estas líneas, no se ha celebrado aún el baile de máscaras que debe celebrarse en el teatro Nacional de la Ópera, á beneficio de la Sociedad de Autores y Artistas.

Acoso en mi próxima revista podré contaros algo de lo que ocurra en esta fiesta.

Me apresuro entre tanto á decir que el salón estará iluminado por la llama de la inspiración, como alumbrado complementario al del gas, y adornado con flores retóricas.

Se bailará con buena ortografía, y en el ambigü se servirá sopa de ripios, madrigales con setas, heros al *chillo* y epigramas con jamón.

¡Allí echo de ménos al pie de los billetes esta advertencia ceremoniosa:

Los caballeros... de fracs... y lico.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

El presidente de la vecina república ha puesto nuevamente en grande aprieto á la Asamblea de Versalles, la cual, después de gallardear un poco y de armar no pequeña algazara, estremeciendo el frágil edificio de la política francesa, acostumbra renunciar á sus caprichos, pasando por todo con tal de no quedarse sin Poder ejecutivo. El ilustre anciano ya conoce el flaco de aquel Parlamento híbrido y tan viciosamente organizado como lo era el nuestro; sabe que ante la certeza de un conflicto que ponga á la orden del día los pavorosos problemas de la constitución definitiva, los buenos representantes transigirán con todas las cosas; sabe que no consentirán se retire, porque es el único lazo que liga los dislocados elementos de aquella Asamblea, y confiando en esto, Mr. Thiers pone siempre el peso de su temida dimisión en la balanza de los asuntos áridos y verdaderamente peligrosos.

Y tiene razón el setulo viejo. La Asamblea de Versalles se teme á sí misma, más que á los prusianos y á la *Commune*; se espanta al fijar la vista en su propio seno y ver las terribles pasiones, los acroos antagonismos que bullen en él, y hace cuanto está en su mano por ir viviendo con calma aparente, sacrificando sus principios si es que los tiene, con tal que no se le renueve y turbe; prefiriendo el marasmo de una existencia infundada y pasiva, á los peligros de la iniciativa y á las probabilidades de un rompimiento.

Mr. Thiers, sin embargo, no había lanzado hasta ahora un tremenda amenaza sino en las cuestiones políticas; dejando á la Asamblea alguna libertad tratándose de las económicas, para que aquella se haga la ilusión de que no es un cuerpo enteramente inútil.

Pero los viejos, como los niños, suelen ser machacones, y acostumbran pedir la luna, cuando la débil benevolencia de los que quieren mimarles les ha concedido otros objetos más cercanos y más fáciles de coger. El presidente de la república francesa, viendo que al amenazar con retirarse se le concede todo lo que quiere, ha pedido la luna, ha pedido la aprobación del famoso proyecto de impuesto sobre las materias primeras. Apesar de los apuros del Tesoro francés, esta contribución, que grava directamente sobre las manufacturas de todas clases que produce aquel país, ha excitado vivamente los ánimos en las ciudades fabriles. La irritación ha sido grande, y los periódicos de París y de los departamentos se han expresado en estos días con una acritud y un desparpajo que recuerdan la prensa de los Estados-Unidos. El viejo autor de la *Historia del Consulado y el Imperio*, lo mismo que su coadjutor Mr. Pouyer Quartier, no ceden por esto. La Asamblea se pica, se agita, como un pequeño mar que se cansa de una serenidad monótona y fastidiosa. El *quos ego* de los dioses del Poder ejecutivo no le asusta tanto como en las tempestades anteriores; se vota; habla la representación nacional por la boca elocuente de sus urnas, y ya tenemos al ministerio dimitiendo en masa, y á Mr. Thiers preparándose á volver á sus lares, con lo cual dicho se está que la situación no puede ser más grave, y que los diputados van á pagar cara su inocuidad y rebeldía.

El proyecto de impuesto es rechazado. La Asamblea no se asustó tanto como esperaba el presidente de la república, y por último, después de tanta agitación, después de tantas y tan fieras amenazas, resulta que éste no se va. Los Parlamentos tienen recursos para todo, y con una elasticidad y un espíritu acomodaticio que harán célebre á la Asamblea francesa, ésta se apresuró á zarpar de nuevo los poderes legislativo y ejecutivo. Para estos apuros se han hecho las urnas, por cuyo conducto si antes se dijo que el proyecto del Gobierno era inadmisibile, después se manifestó con cierta generosidad mortífera que éste no merecía la *descartada* de la Cámara.

El resultado de todo esto es que el impuesto no se aprueba, ni el gabinete se retira, ni Mr. Thiers se marcha, ni ocurre cosa alguna de gravedad, como no sea la situación comprometida y seriforme en que queda monsieur Pouyer Quartier, segundo padre del célebre impuesto, y ahora colocado entre los dos enigmas de un presidente que no dimite y de una Cámara que no vota.

Verdad es que nada de esto ha de causar sorpresa entre nosotros, que vivimos en el país de las cosas raras y no comprendidas. Esto nos trae lógicamente á hablar de nuestros asuntos y especialmente de los políticos, que son los que ocupan la atención con preferencia á todo lo demás. Y crea el lector que de buena gana escribiríamos el pieo sobre estas cosas, porque las pasiones

están tan vivamente excitadas, que los esfuerzos de todos deben encaminarse á no arrojar ni una astilla más á la hoguera encendida por los partidos. Las dos sesiones celebradas el 22 y el 24 para poner fin á la legislatura, no han podido ser más borrascosas, especialmente la última, en la cual se leyó el decreto de disolución, convocando nuevas Cortes para el 24 de abril próximo. No nos arriesgaremos nosotros á comentar acontecimientos, que entrañan graves cuestiones, prudentemente proscritas de estas páginas. Únicamente narraremos las peripecias de este drama parlamentario, uno de los más violentos que se han representado en el palacio del Congreso. En la sesión del 22 las oposiciones formularon su protesta contra el gabinete, valiéndose de la discusión del acta y del voto de censura al presidente señor Martín de Herrera. Desde la mañana del 24 se susurraba que el Sr. Sagasta leería aquella tarde el decreto de disolución, y apenas el Sr. Becerra abrió el debate, comenzó un tumulto desordenado y vertiginoso que no tuvo fin hasta las seis y media de la tarde. Leyóse el decreto de disolución en el Senado y más tarde en el Congreso; al fin, después de ardientes discursos y protestas, abandonaron el salón los diputados de todas las fracciones, y la legislatura terminó de un modo bastante ruidoso por cierto, dejando en el ánimo de todas las personas imparciales dolorosa impresión.

Ignoramos aún las modificaciones que podrá tener el ministerio; pero es indudable que las tendrá, con objeto de uniformar su política y regularizar su existencia. Lo que más vivamente deben desear cuantos presencian este espectáculo es que se calmen las pasiones y que los hombres no sean impulsados por otros móviles que por los de sus respectivas ideas y principios.

* *

Sin más comentarios, y dejando á quien quiera tocarlas, las trompas sonoras de la política palpitante, vengamos á cosas más apacibles. Los acontecimientos literarios con mayor ó menor importancia no han escaseado dentro ni fuera de España. En Francia la elección de Mr. Littré para individuo de la Academia francesa, ha dado origen á serios disgustos en el seno de aquella antigua y docta corporación. Monsieur Dupanloup ha creído que su presencia en el Instituto no era compatible con la del que en París es llamado el Papa de los uleas, y amenazó con su dimisión. Hubo tumulto entre los cuarenta inmortales, y por algunos días pareció haber entrado en el Arcaño apocible de las letras el demonio de la política. El jefe de los positivistas, el propagador de las doctrinas de Augusto Comte, es elegido, aunque por escasa mayoría, y el ilustre obispo de Orleans cumple su oferta. La Academia se conmueve, como si fuera un Congreso de diputados. Mas no hay que temer ningún conflicto: no se extremará al Parnaso sobre sus eternos cimientos de granito. Para esta cuestión, como para otras muchas en que desempeñan papel importante las eminencias de nuestro siglo, hay fácil arreglo. Así como monsieur Dupanloup cumple con su conciencia presentando su renuncia, los cuarenta cumplen también no admitiéndola; y ni Mr. Thiers se marcha, ni los académicos se marchan, ni nadie se marcha, ni riñen los hombres por un impuesto de menos ó por un ateo de más.

Después de todo, Mr. Littré ha sido elegido miembro de la Academia por un célebre *Dictionnaire Etimologique* de la lengua francesa.

Aquí hemos tenido en la de la Historia la recepción del Sr. D. Vicente Barrantes, ilustrado publicista y literato, que leyó en aquel solemne acto un notable discurso sobre ilustres varones de Extremadura, siendo contestado por el Sr. Cánovas del Castillo. En el presente número publica LA ILUSTRACION un retrato del nuevo académico; retrato que se añade á la ya larga colección de grabados que este periódico viene publicando, con objeto de dar á conocer fuera de Madrid y de España lo que más despierta la curiosidad, tratándose de notabilidades contemporáneas; la cara.

* *

Novedades teatrales de consideración no ha habido últimamente en esta corte. Pero hemos oído hablar de un estreno en el teatro de la *Gazette* de París, y si es cierto lo que se cuenta y lo que dicen los periódicos de la capital de Francia, *Le roi Carotte* es una de las más estupendas obras que se han representado, cantado y bailado en teatros humanos. Un célebre autor dramático, Victoriano Sardou, y otro no menos famoso músico, Offenbach, han creado la pieza fantasmagórica que lleva por título *El rey Zanahoria*; pero no... los verdaderos creadores de esta obra son los maquinistas y escenógrafos del teatro, que han hecho sin iguales prodigios é inventado maravillas para sacarla á las tablas.

Hemos leído un extracto del libreto de esta nueva bufonada que la incorregible París arroja á la cara de todos los pueblos de Europa, y no encontramos nada que la diferencie de los mil engendros de la literatura bufa, verdaderas muercas con que Francia se ha reído de sí misma y de los demás durante tanto tiempo. El autor de *Noe intimes* no ha hecho en este zarruelo nada que no pudiera hacer Hervé, Offenbach tampoco parece haber estado muy feliz; pero en cambio ¡oh portentos de la maquinaria y de la iluminación! la obra se ha puesto en escena con tal lujo, que ha asombrado á los mismos parisienses, ya curados de espanto en materia de desauledos y de hermosos y pintorescos absurdos.

En la escena de la *Gazette* se vieron la noche del estreno ejércitos de hormigas, ejércitos de monjes, aquellas y éstos del tamaño humano, y representados por centenares de gimnastas de ambos sexos con el vestido y las actitudes consiguientes; se vieron transformaciones extraordinarias, como por ejemplo, huertas de coles y lechugas que en dos palotadas se convierten en ejércitos, como si anduviera por allí la mano de la sabia Urganda; se ve la resurrección de Pompeya, despojada de su sardario de ceniza y reanimada con la vida y el esplendor romanos, con sus tiendas, sus vecinos, sus damas, su mundo estacionario é ambulante; se ve un festín dado por las hormigas, y al que asisten todos los seres de la creación, excepto el hombre. En fin, la representación de *El rey Zanahoria* es un espectáculo asombroso, superior á cuanto hasta hoy habían inventado los parisienses para sublevar á los extranjeros.

Por lo visto, París no parece dispuesta á abdicar la majestad de esta clase de fiestas del sensualismo, á que muchos atribuyen, juntamente con otras causas análogas, el actual enervamiento y los pocos bríos de la nación vecina en ideas y en acciones. Estas obras informes como arte, absurdas y perversas como intención moral, atavizadas con los arreos de una escenografía delirante y desenfundadamente lujosa, á manera de monstruos que se visten con magnificencia para parecer menos feos, se representan en una capital que se halla en estado de sitio, aún ensangrentada y aún reponerse de su espanto; ante las Tullerías, que parecen humear todavía; ante los escombros producidos sucesivamente por los que Paul de Saint-Victor llama *diversos y bandidos*.

Apostamos á que no faltará quien haga la maleta y vaya á París con objeto de ver tantas maravillas. Pero no se apuren nuestros lectores, que no faltará entre nosotros traductor que la traduzca, arreglador que la arregle, decorador que la decore y baste que la vista, para que los madrileños puedan divertirse en el próximo verano con el *Rey Zanahoria*. De otras virtudes dudamos; pero de la diligencia de los bufos españoles para arreglar las cosas más inarreglables, no es permitido dudar. Paciencia, pues, que faltarán muchas, muchísimas cosas; pero zarruelos bufos, gautonimas puestas en letra y puestas en música, no han de faltarnos, mientras haya hilvanador literario que las aderece y público que las pague.

* *

La Sociedad de escritores y artistas parece que no será uno de tantos proyectos vanos é ilusorios como se ven en nuestro país. No se han fijado aún de un modo definitivo las bases, y hay divergencia de pareceres sobre los fines de institución tan necesaria; lamentable sería que después de tantos esfuerzos la Sociedad no se constituyera sólidamente por no haber podido aclarar de antemano el enigma de sus funciones. Sean los fines puramente caritativos, sean literarios, lo principal es que la sociedad exista. Principiando por aquéllos, pronto puede pasar á éstos; pero poco á poco y sin demasiadas pretensiones. La sociedad nacirá muerta, si en el día de su trabajoso alumbramiento aspira á cambiar rápidamente la triste existencia que arrastran en España las letras y las artes.

* *

Como prueba de aprecio á determinadas personas, no podemos pasar en silencio la concesión que en favor de dos ilustres individuos, pertenecientes el uno á la familia real de Bélgica y el otro á la aristocracia española, se ha hecho de los dos toisones vacantes, dando el uno al conde de Flandes y otro al duque de Fernand-Núñez. El tercero está destinado al Sr. D. Cirilo Alvarez, presidente del Tribunal Supremo, pues es costumbre que la primera dignidad de la magistratura lleve en señal de honra y gerarquía las insignias de la condecoración más ilustre que ha legado la historia y han respetado las revoluciones.

B. PEREZ GALDÓS.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

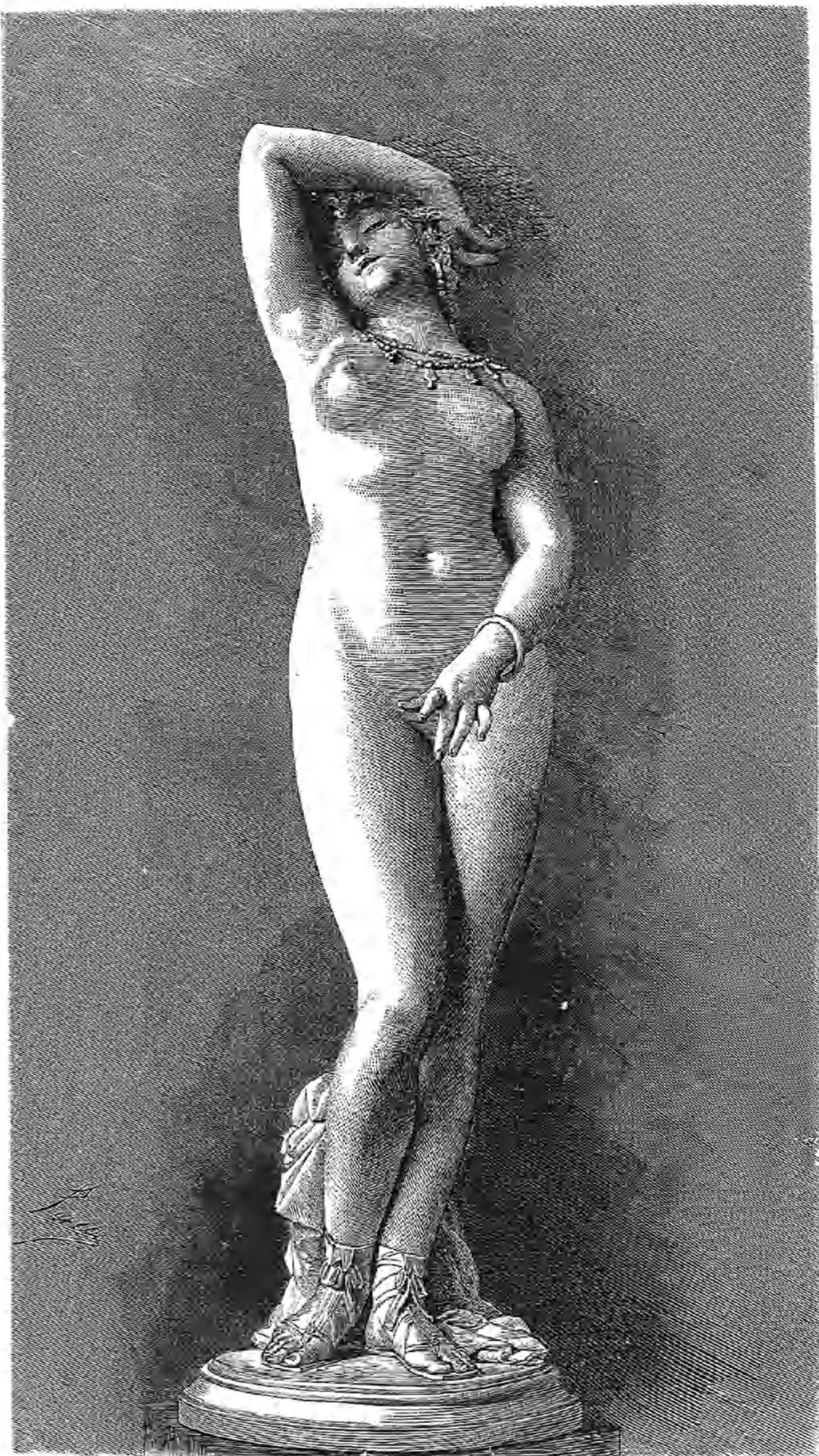
Sr. D. Ramon de Campoamor.

Amigo mio ilustre: Ya se lamentaba Quinto Curcio, al narrar los grandes hechos del gran Alejandro, de lo tardío que suele ser el humano arrepentimiento. Súframe Vd. este rasgo de erudición; pero el texto dice: *quod plerumque non futura, sed transacta perpendimus*, y me parece que la cosa no puede estar más clara. Por lo demás, este desahogo del docto historiador, y otros análogos, se deben á las genialidades del magno conquistador del Asia. El hijo de Filipo no era tan habitualmente colérico como el papá, pero solía también alterar un poco, en sus frecuentes banquetes, el orden normal de sus ideas y sentimientos. Y resultaba de ello que á las veces decía ó hacía en sus sabimes chispas cosas de que tenía que arrepentirse, como buen sujeto al fin, cuando la acción aleohólica pasaba: como por ejemplo, dar un testarazo mortal á un su hermano de leche, para tener que ponerse luego á llorar sobre él como en los días de la común lactancia.

Pues bien: á mí me sucede, al ampear á escribir este artículo, algo semejante á lo que Alejandro sentía después de echar una cana al aire, y á lo que han debido sentir después de aquel grande hombre otros no tan grandes, pero más parlamentarios, que han debido tener ocasión de arrepentirse de lo que no han hecho: yo deploro profundamente no haber escrito antes sobre alguna bella producción de Vd. Lo he querido hacer sobre *El drama universal* y sobre *El palacio de la verdad*; y el miedo de la inexorable insuficiencia, la avaricia del tiempo, el periodismo y otras plagas de mi vida me lo han impedido. Hoy vienen *Los pequeños poemas* á tentarme, á recordarme la deuda de la admiración y del afecto, á decidirme. ¿Qué necesidad tendría yo de acometer ahora lo que es superior á mis fuerzas, si ya lo hubiese hecho? Pero está visto que mi horóscopo es hacerlo todo tarde y mal. Con decirle á Vd. que llegué á la union liberal cuando el ilustre O'Donnell, el cada día más irremplazable O'Donnell, había vuelto ya de Africa, le digo bastante.

Sr. D. Ramon: Vd. es un gran poeta, un gran poeta lirico, y además es Vd. notable filósofo y prosista. Señor D. Ramon: sus *Fábulas* de Vd. me han hecho muchas veces bendecir la patria de Samaniego y Hartzbusch, sus *Idiomas* me han hecho negar la decadencia de nuestra originalidad, su estudio sobre *lo absoluto*, sus *polémicas* conservadoras me han quitado el sueño. Sr. D. Ramon: Vd. es un pensador de primera fuerza, de viril y profundo estilo, de inspiración sistemática. Y todavía es Vd. más que eso, Sr. D. Ramon, porque es Vd. una excelente persona, un corazón de oro, una sensibilidad exuberante de simpatías irraaisibles, hasta el punto de que conocerle y quererle suelen ser actos simultáneos. Literaria y socialmente, Vd. lo ha conseguido ya todo; á Vd. se le cree un académico de la lengua por derecho propio, y Vd. tiene amigos. Y sin embargo, Sr. D. Ramon, Vd. es un gran perturbador de su época y de su patria. La laboriosidad asidua de Vd. desentona tristemente, en sus resultados, del cuadro de nuestra situación nacional. ¿Qué tiene hoy que hacer nuestra buena literatura, en el seno de una generación dedicada á nivelar á su modo el presupuesto? Hoy se escriben zarruelos, ó novelas por entregas, ó villancicos del *carrión*, ó se procura ser ministro; pero, ¡con qué derecho se dedica Vd. al trasnochado género serio intelectual, y cuando menos lo pensamos, y cuando los partidos están menos contentos, se nos viene con algo que así Dios sostenga mi fé liberal como está llamado á vivir entre los futuros españoles? Sr. D. Ramon: á Vd. le falta la conciencia contemporánea; Vd. quiere que no se nos olvide en el porvenir. Hace Vd. mal.

Sr. D. Ramon: Vd. fué en cierta ocasión á Paris, huyendo de las penas de un amor *tan deficiente como saya*, tan infuasto como todos, si á Vd. le parece. Paris es, ó era en realidad, antes de la excursión prusiana, la mitológica fuente del olvido. Vd. bebió sus aguas saludables; Vd. llevaba dinero, y lo gastó bien; y cuando sintió la cicatrización de su pericardio, dijo Vd. como Breton: A Madrid me vuelvo. Ya en esto existía nuestro ferrocarril del Norte, y se metió Vd. en un wagon. En ese wagon había una tísica preciosa y adorable, y usted la adoró. Hizo Vd. bien: primero, porque era *alta, delgada y muy graciosa*; segundo, porque tenía los pies sumamente pequeños y bien calzados, supongo; y tercero, porque debía morir pronto, y desde el punto de vista de la prevision ésta es un gran género. La pobre criatura le vió á Vd. prestarle su manta zamorana, que debe Vd. conservar, le creyó á Vd., é hizo



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE ESCULTURA.

FRINÉ.—ESTÁTUA DE DON FRANCESCO BAZZAGHI, PROPIEDAD DE DON CARLOS DE HAES.

bien, digno hijo de la patria del honor y de las flores, y le confesó que venía á morir en la frontera, á expiar fuera de su patria el delito de haber amado en ella á un perillan que se había casado con otra. La infeliz no tenía valor para aborrecerle, ni en rigor podía desearle mayor castigo, puesto que le veía casado; y en su virtud, cuando le fué á Vd. preciso declarar su atrevido pensamiento, le dió á Vd. palabra de que, pasado un año, ó le amaría ó se habría muerto. Y el año pasó, y usted volvió, y en efecto, los malhadados tubérculos habían resuelto la cuestión en un sentido eterno; la inverosímil franquesa de los pies bonitos no existía; una carta, digna de la Elvira de Espronceda, se lo hizo á usted saber, y Vd. se fué otra vez á París á curarse otra herida del alma.

La historia es peregrina, y de un perfecto patético espiritual. Yo nada tengo que decir sobre ella; y respecto á la heroína, sólo me permitiré dos observaciones, á saber: primera, que tuviese la pretension de creer al incero de la tarde una estrella que siempre fué suya, cuando existimos tantos, no del todo físicos, que creemos lo mismo; y segunda, que quisiera exigirle á usted la promesa de no mirar en lo sucesivo á ninguna otra mujer. Esto, aparte de su carácter absurdo, me parece injusto en labios que van á cerrarse para siempre. Cuando se toma el partido de morir, no se exigen á un poeta ciertas cosas. De la forma de la historia, de los versos, del enjambre de pensamientos bellísimos que pueblan sus páginas, ¿qué he de decir á usted? Demasiado sabe usted los puntos que calza en la materia. Aquellas descripciones soberbias del tren, del león con melena de centellas, del gran reptil que se muerde en su agujero, ó sea en la estación, aquella mezcla de sueño y de montaña en que se confunden cielo y tierra á los ojos del viajero nocturno, me parecen incomparables. Pero en cambio, sobre el fondo de la relación se me ocurre una protesta, y es, que ni eso es un pequeño poema, ni su modestia de Vd. ha debido sacrificar al título la verdad esencial de la concepción.

¡Cómo! ¿Se le ocurre á Vd. cantar la metamorfosis de dos desesperaciones en una esperanza que luego defrauda la burlona eterna, la muerte; se le ocurre á Vd. el asunto de los asuntos, el amor curado por el amor, resucitado por sí mismo, fénix inmortal del pobre barro humano; se le ocurre á Vd. cantar un himno soberbio aunque indirecto al ferro-carril, al gran devorador de la distancia, á la grande obra de la ciencia moderna, que debe ser nos tan cara á todos los que no hemos sido

accionistas, y sólo porque, á diferencia de ciertos escritores que deliberadamente escriben largo para tener este motivo más de no ser leídos, sólo porque los versos en que canta Vd. esos dos asuntos son pocos y buenos, califica Vd. de poema pequeño su trabajo! Ya se conoce que ha sido Vd. hombre político; estoy segura de que más de una vez ha hablado Vd. de su humildad

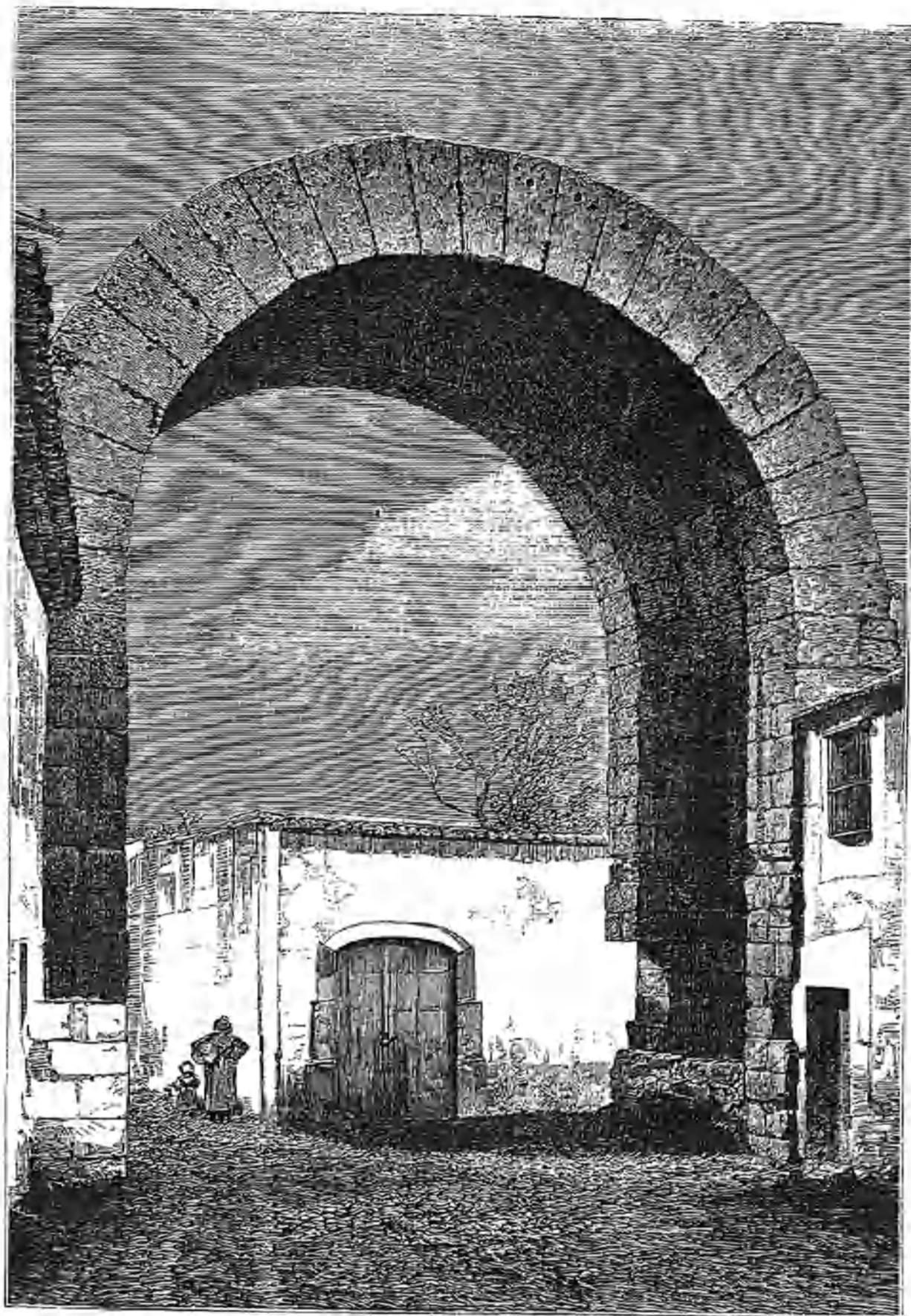
¡Ah! Si; tiene Vd. razón; no hay como el abril para poner pensativas á las Isabelas en general; no hay como la estación de los deshielos para pensar en la misión de los nidos; cuando la creación entera es un inmenso nido regenerador; ¿quién no siente entre abril y mayo el deseo de estar como un desesperado hasta que alguien le diga, y da que le nazcan alas para ir á ocultarse en buena

compañía al fondo de una habitación sin casero? Isabel, pues, abrió la ventana; y como era tan inocente que, por ejemplo, en punto á cónyuges, sólo sabe haber visto en los pastos las nidos con los almos calados; al ver entrar en su cuarto dos golondrinas que tienen la costumbre de hacer su nido en su techo, á Isabelita se le ocurre preguntarse: ¿para qué sirve un nido?

Y aunque se lo preguntaba sonriéndose, y aunque su boca parecía al sonreírse moverse en el fondo de una roca, la verdad es que la pregunta le pareció desde luego trascendental y grave, y que empezó á trabajar su ánimo de una manera atroz. Y sabe Dios el tiempo que hubiera estado pensando y dudando, quizá toda la primavera y parte del estío, si no hubiera dado la casualidad de que Isabelita había ya aceptado el novio que escogió su abuela, y se iba á casar. Y ven usted por dónde la idea del matrimonio empezó á hacerle comprensible la idea de esos concavos y pequeños recintos donde los alados reyes del espacio ponen sus huevos. Isabel tenía los ojos azules (y esto explica lo raro del tipo: Isabel no debía ser española). Isabel tenía de esas pupilas tras de las cuales cree usted que nada puede ocultarse (¡Ah! D. Ramon, el Evangelista nos aconseja no juzgar temerariamente); y en los ojos de Isabel se enciende al fin y al cabo un fulgor desconocido, que poco después le hace arder la sangre hasta en sus huesos, y aunque siempre pura y siempre muy ruborosa, conoce al fin y al cabo que puesto que los dos pájaros no son más que dos esposos, y puesto que su canto es, en rigor, una música de besos,

Es forzoso
Dar la mano á un esposo,
Querer y ser querida,
Hacer como los pájaros un nido,
Cantar á Dios, y bendecir la vida!

Y dicho y hecho, Isabel se levantó al otro día dispuesta á casarse, á pasar, como Vd. dice elocuentemente, de capulla á rosa; y llora, y se mira al espejo, y luego forma en sus labios un *marriage de perlas y de flores*, es decir, se ríe, y va y viene, y baja y sube, con una vaga oscilación de nudo, y hasta se permite hacer



ARCO DE TRAJANO EN MÉRIDA.

pero va en cierto sitio. Es la molestia convencional de nuestros días, lógica y justa hasta en muchos que la finges; pero indigna, créame Vd., del amante de Constantia. Hay que ser sinceros, hasta para idealizar la fisis.

Y lo mismo digo del segundo bellísimo poema *La novia y el nido*. Hay una Isabelita, cuya descripción física no nos hace Vd., limitándose á decir que era tan sencilla como *hermosa*, por lo cual sospecho que debió ser un personaje de otros tiempos. Pero, en fin, ya se le contará á Vd. su abuela, ó alguna biografía antigua, lo cierto es que hubo una Isabel que se asomó pensativa á su balcon una mañana de primavera. Y ante todo, felicito á Vd. por la elección filosófica de la temporada.

con su traje un vuelo de alas (¿quién lo oyera!); y por último, se decide á perder la gracia de ignorar que es bella, se deja coronar de jasmínes, va á la iglesia, vuelve teóricamente desposada, siente *accesos de calor y frío*, y acaba, en fin, por considerar los puntos de contacto que entre un nido y una alcoba pueden existir. ¡Oh! amigo mío: (cómo llama Vd. *pequeños* á estos asuntos) Ese poema es un verdadero tratado de historia universal. Las perplejidades de la inocencia, defendidas malamente por el ángel idiólogo de la juventud, y derrotadas al fin por la deidad práctica y realista del amor legal: ¡Qué inmenso asunto, qué poemazo, qué belleza! ¡Los hay mayores en la vida!

En *Los grandes problemas* ha sido Vd., laudo sea Dios, más franco con el público y consigo mismo: el título de este poema es digno calificativo de su asunto; y el lector de este artículo va á juzgarlo en seguida. Figúrese el lector que unos labios femeniles, dignos de hacerlo, le preguntan á quemarropa, sin preparación, sin atenuación de ningún género: *¿el dárse besar es malo ó bueno?* Y díganme las almas imparciales si esa no es una pregunta capaz de hacer creer al más empedernido en las matemáticas, en los más áridos é intrincados problemas. Pues esto, esto mismo, le pasa en cierta ocasión á un señor cura. ¡Y qué cura! Parece extracto de las profundidades del propio Evangelio. Sólo en el *Bienvenido* de Víctor Hugo, ó en el *Jocelyn* de Lamartine, se encuentra algo parecido. Baste decir que es un cura que nada tiene, porque *todo lo da*; que para él la grandeza única es el amor que se tiene á la pobreza; que sólo se preocupa de los grandes de la tierra desde el punto de vista de las flores; y por último, que en toda su vida sólo ha tenido una cotona nueva.

Pues bien: á este señor cura, que lo era del Pilar de la Oradada, pueblo fundado en cierta llanura más grande que la palma de la mano, y que tiene una iglesia más grande que la escuela, y cuya escuela, es más chica que un granero, se le presenta un día una Teodora divina (Vd. lo asegura, D. Ramon), divina á los diez años, y le pide confesión bajo el pretexto de que ya empieza á sentir su *inquietud en las brumas de la vida*, y le cuenta que tiene un primo (qué plaga la de los primos; yo he de escribir, cuando sea filósofo, un libro sobre ellos), un primo que, vamos, para decirlo de una vez, se empeña en besarla, y la persigue con esta intención desde la cuna hasta el granero. Con cuyo motivo la pederocita previene á su confesor que está dispuesta á evitar los besos del pariente, obediendo á su madrina; pero que lo que es el deseo de paracer bella cuando el malhadado primo la mira, eso no puede evitarlo; por lo que, resumiendo, insiste en que le haga el favor de decirle si un beso es cosa buena ó mala.

Naturalmente, sólo un cura de aquel bendito jaez puede salir del apuro. Cualquiera simple mortal irreflexivo hubiera reprendido á la semi-mujer en cuestión; por el sólo hecho de haber dudado un punto de la bondad del besito en general. Qué sería, gran Dios, del género humano sin ese sonido del corazón cuyo secreto tienen los labios! Pero el santo presbítero no puede ser víctima de ninguna fórmula de la naturaleza, y se limita á ordenar á la niña que imite á su señora madre para ganar la gloria, que recé una Salve y tome agna bendita. Después de lo cual la da una alimendra, la despide y se queda, sin embargo, murmurando ante la paorosa trascendencia de aquel problema:

«¡Son el diablo estos angelitos de niñas!»

Problema segundo: Teodora tiene ya veinte años, y lo que es mucho más, tiene *pupilas de horizontes llanos*, y tiene todo el año flores en sus cabellos de primer orden. Pues bueno; el célebre primo de Teodora es marino, y como se dan casos de que algunos marinos tienen el alma como el mar *inmensa*, resulta que, decididamente, Teodora ama á su primo, apesar de haberse éste ido á Londres, un lugar más allá de los reñates y los mares; pero no importa, porque él volverá, ó al menos así se lo dice á Teodora el *mandato eterno de las olas* que la vieron ir, y así, además, se lo prometió el mismo en la aurora, al medio día, por la tarde y por la noche, jurándosele en abril

Por los sus jasmínes y araucarias;
Por los sus celos todos, en estío;
Por todos sus cristales, justo al río.
Cerca del mar, por todas sus araucarias.

Pero hay la complicación de que la madre de Teodora quiere casarla con un *hombre de bien sin gracia alguna* (y es verdad que no suelen tenerla; alguna cosa había de faltarle), muy buen angelito, inteligente, rico y joven, pero á cuyo lado no puede impedir la doncella que se le ponga cierta fría tristeza en el corazón; mientras que el otro, ¡ah! el otro, con *gorra de oro y sable á*

la cintura, el otro es una gran cosa; con decir que *cuando mira al pasar de luz se baja!* (¿Qué hacer, pues! Teodora llegó hasta á asegurar que si no se casaba con su dundo marítimo, se moriría. Mas el cura, apesar de la gravedad del nuevo problema moral que se le presenta, cumple como bueno, y conjura á su febril ovejía á moderar el ardor de los sentidos, por aquello de que

Siempre nos van, desconocidos,
Nos ojos desde el fondo del espacio;

que es cosa terrible.

Tercer problema: Teodora, apesar de haberse casado con el hombre de bien, se muere; se muere porque el dichoso primo ha vuelto de Inglaterra, porque tiene *necesidad de medios de inocencia*, y la pobre va á ver si se los da el sepulcro; se muere porque apesar de ser *materialemente virtuosa*, y apesar de sentir en sí misma una energía capaz de levantar una montaña, la infeliz se persuade que no tiene otro remedio que *perder la virtud ó dar la vida*; se muere porque al señor cura le parece que es *los actos del deber, la deuda es sólo una pregunta si que hace la muerte*. Y dicho y hecho: Teodora, después de incorporarse una última vez sobre el lecho, y de extender sus brazos como para estrechar á una sombra, y de declarar que aquella sombra *es él, que pasa!* devuelve su alma al Dios de la misericordia, que ya debe estar acostumbrado á esta especie de dramas humanos.

El buen cura, que no lo está, se queda batallando con un tropel de buenos y tristes sentimientos. Aquel homicidio hecho por la juventud, por una gurma de oro y por una complexión poderosa, llega á parecerle en un momento obra suya, obra de su austeridad inexorable. Por fortuna, la duda se disipa en breve. El ministro del Evangelio no ha debido ni podido obrar de otro modo. Entre la tumba de una mártir y un lecho conyugal profanado, la religión no vacila y pone su Cruz sobre la primera. El cura del Pilar lo conoce, y

Después de un negro batallar tan rudo,
A recoger volvió su santa calma
Como recoge un gladiador su escudo.

¡Qué cuadro, qué cosa tan bella! ¡Ah! Sr. D. Ramon: si como es posible, aunque no probable, la afición á los buenos libros se despierta en la España radical antes de que Vd. y yo dejemos de ser; si algun librero conecador de sus intereses hace una nueva edición de *Los grandes problemas*, concédame Vd. una gracia; dígnemelos; ponga Vd. mi nombre en su portada. Aparte de que yo no veo otro camino para hacerme constar en el porvenir, ¿quién sabe si para entonces seré yo persona? En épocas de revolución no es esto difícil; y además, yo estudio, es decir, yo leo periódicos.

Y vamos, en fin, á la cuarta *pequeñez*, á las *Dulces Cadenas*. Cierta Jacinta, extremadamente rubia (está viato que prefiere Vd. el tipo; no va Vd. desencaminado; de ser rubia á ser blanca no hay más que un paso, y la blancura es primera materia de la belleza), tenía un canario, casi tan rubio como ella, con el cual había pasado en dulce intimidad los largos días de su donceller. Llega, empero, el último de éstos: el altar, el novio y los padrinos esperan, y Jacinta tiene una idea; la de dar libertad al pajarillo, previendo que sus nuevas ocupaciones no la han de permitir mudar al alpiesta con la debida periodicidad, ni colocar la grata hoja de lechuga en el metal de las doradas rejas. Y en su consecuencia, Jacinta abre la jaula, acaricia una vez más al alado prisionero, le soba sus plumas y lo deja ir, *debiendo luz*, por esos espacios de Dios.

Era en marzo, mes tormentoso; y mientras Jacinta, llevando sobre su frente el *cántaro inmortal de la leche-ra*, se casa como una simple mortal, el pajarillo, después de volar como un loco, empezó á echar sus cuentas y á comprender lo penoso que es eso de tener que buscarse por sí mismo casa y sustento; por otra parte, se convence de que en el aire no hay nada en rigor, y ¡qué hacer! vuelve gruppas, es decir, plico, y torna á la ventana de su ex-propietaria, como si esta le hubiese recitado el soneto de Lope, como si le llamase el inmenso poder de una mujer que llora. Y no hay que extrañarlo: es la tiranía del hábito. No hay como acostumbrarse á una cosa, para no saber prescindir de ella; por eso los españoles estamos hace algunos siglos en tan mediano estado gubernativo. Se dan, sin embargo, sus excepciones entre esas cosas enpues de resignarnos; la suegra, por ejemplo.

Pero ¡ah! la ventana estaba cerrada, cerrada á causa del mal tiempo, porque hay que advertir que lloró y granizó á satisfacción del barbaan; y además, era de noche, y era una noche de bodas... ¿comprendan ustedes?... ¡Si, si; bonita estaba Jacinta para acordarse del avocilla pejiza! ¡Qué había, pues, de pasar! Que

mientras la desposada hablaba á su nuevo dueño con *voz del tiempo en que era niña*, el granizo mató al canario, apaleándolo como quien dice, en el quicio de la ventana; y cuando Jacinta se levantó al otro día, un poco tarde, con la impresion de esa noche que nos deja el recuerdo más grande de la vida, se encontró al pajarito muerto, y tuvo que enterrarlo al pie de un limonero...

Pasaron meses; el marido de Jacinta empezó á recogerse tarde; la pobre joven empezó á sentir *de la ilusión el lígubre deshielo*, empezó á divisar esa *grande humareda de visiones* en que se convierte todo al fin y al cabo; y Jacinta, sola, abandonada y llorosa, se vuelve, como buena cristiana, al cielo, á la religion, y se acuerda de aquel canario que murió por ella después de cantar en su ventana su última endecha, como un amante de la Edad media; y como es de esas valerosas (y algo raras) mujeres

que del deber por la terrible senda
Van á través del fuego y de la muerte,

en vez de componerse, y de irse á la Castellana á ofrecer algo nuevo á los que viven de lo que cae, se pone á filosofar como una bandita, y á echar la sonda en el corazón humano. De cuya adictiva ocupacion saca por último esta axiomática sentencia:

El esclavo que es fiel á su causa hasta,
Y amamos al tirano que nos mata;
Siempre es y fué la libertad más grata
Tener presa en otra sílaba el albedrío.

Yo no digo lo contrario, Sr. D. Ramon. Pero, ¿conviene decir esto en letras de molde, para que toda una generación lo sepa? Eso no es más que la apoteosis del cesarismo, hasta en el amor; y si eso es una verdad, que se cierran las puertas del Parlamento, que el mundo moderno de la autonomía se avergüence de sí mismo, y sobre todo que empiece el reinado de derecho de las faldas. ¡Oh! ¡Ha pensado Vd. en lo mucho que la inconstancia representa hasta como necesidad social! ¿Qué va á ser de los hombres el día en que las mujeres se convengan de que no pueden vivir sin ellas! Hasta hoy, la garantía de poder hacer un cuarto de conversión ha salvado á muchos solteros, y á otros que no lo son. Horroriza el pensar que el corazón se declare esclavo de nacimiento.

De todos modos, amigo mío, vuelvo á mi esencial tema crítico: Vd. ha escrito cuatro poemas, pero no pequeños, ni quien tal vió; Vd. es un gran poeta, un gran pensador; pero Vd. flaquea por el título de sus obras. Si yo no le quisiera á Vd. tanto, le adularia guardando silencio sobre este punto; pero Vd. sabe, Sr. D. Ramon, que hay una moral hasta para la amistad literaria; y esta moral me lo impide. Titule Vd., pues, sus escritos en lo sucesivo con más exactitud. El nombre, digan lo que quieran los clásicos, importa mucho al objeto. Yo recuerdo que en cierta ocasión leí un libro titulado *Idios*, de un escritor criollo, y al cerciorarme de que no había una sola en sus páginas me puse malo. Además, ya sabe Vd. lo dados que los españoles de la decadencia somos á dar ó injustos ó falsos nombres á las cosas: aquí se llama amigo á cualquiera que presta, y hombre á un necio, y liberal á un internacionalista, y señora á un vestido de seda con dos ojos tiernos, y conservador á un absolutista. No contribuyan, por lo tanto, Vds., los elegidos de la inteligencia, á inveterar y solidificar ese defecto patrio.

Siempre de Vd. afectísimo,

S. LOPEZ GUIJARRO.

EL DIA DE SAN ANTON.

¡Del Santo! ¡Del Santo!

I.

Hay en Madrid una calle, larga y de regular anchura, para la que suelen tener las de la corte, que, por parecerse á las demás también, no va muy derecha, aunque tampoco es de las que fuercen con exceso el camino. Comienza así en el centro de la población y concluye en una cárcel, que antes era *Saladero* de cerdos, y ahora tiene, sino en salazon, en conserva, no pocos desventurados. De éstos los hay que, por ser presos políticos, serán mañana héroes, si antes no mueren de hambre ó fusilados, que tal suerte depara España á los que la quieren bien; los hay que entran punto ménos que inocentes y salen degradados y más negra el alma que el infierno en donde, para daño suyo y vergüenza de nuestro nombre, han caído; los hay... pero no vamos á hablar de la cárcel de Madrid, y pues ya hemos nombrado á los moradores del *Saladero* más dignos de verda-

dera compasion; desahagamos en parte lo andado, teniendo el paso ante la modesta fachada de una iglesia.

Más modesta pareciera aún, si enfrente no tuviera la modestísima entrada del convento de las Recogidas, con la cual corren parejas el pequeño átrio que tiene delante, y la morada del capellan que se ve á la izquierda. De allí no debemos apartar los ojos sin advertir que, en tiempo de Carlos IV, era capellan de las monjas el buen poeta Iglesias, tan insigne por su gracia como por la noble entereza con que se mantuvo siempre apegado á su humilde y honrado cargo, desdeñando las ofertas y agasajos sinceros del monarca.

Y ya que ante las Recogidas nos hallamos, bueno será advertir que el nombre no le llevan ni merecen en modo alguno las tantas moradoras del convento; pero habia ó hay aún en éste una sala para recoger á las mujeres á quien sus parientes envían ó enviaban por castigo. En cuanto al verdadero nombre no es sino el de Santa María Magdalena de la Penitencia, cuya imagen se ve en el altar mayor. No nos detengamos; y poniendo la vista en frente, levantemos algo más los ojos, por ser necesario para abarcar de arriba abajo el edificio que tenemos delante.

El templo no es de grande importancia por su arquitectura; mas tiene en una de sus puertas las siguientes palabras del Salvador:

Sicut parentis veniri ad me.

«Dejad que los niños vengan á mí.» Pocas iguales á esta inscripcion hallará en el mundo el más insigne y antiguo epigrafista. En lo interior tampoco habria nada que llamase la atencion del artista ó curioso, si no estuviese en el altar del lado de la epistola un cuadro pintado por Goya, donde se ve el santo aragonés José de Caualanz, fundador de las Escuelas Pías, comulgando y rodeado de multitud de niños, cuyas infantiles cabezas presentan notable contraste con el venerable aspecto del anciano. Lástima que el hermoso cuadro no tenga siempre la luz necesaria para verle bien. Sólo lo dicho basta para que nadie pueda considerar perdido el tiempo empleado en ir á la iglesia de San Anton, como la llama todo el mundo, en vez de San Antonio Abad, como deberia llamarse.

Por lo demás, y apesar de que la calle de Hortaleza viene á correr casi paralela, perdona el matemático que tal sea, á la de Fuencarral, no compite con ésta en alegría ni en buen aspecto. Con todo eso, tambien tiene cómodas casas y de buen parecer, que no es justo se ofenda de ver preferida la otra; sin contar con que hay un día en el año en que de tal suerte rinde parias todo Madrid á la calle de Hortaleza, que la de Fuencarral, con todas sus glorias reunidas, casi viene á quedar eclipsada.

Ya el 16 de enero comienzan á ornar esquinas, y no pocas portales de la primera, colchas y colgaduras de parcel de diversos colores, señal en Madrid de alguna cosa extraordinaria, de las muchas que en él acaecen, desde una fiesta real hasta un pronunciamiento.

No llega á tanto lo que va á suceder, aunque vale mucho más, pues se trata de una fiesta popular en que toman parte de buen grado, altos y bajos, grandes y pequeños, todos los moradores de la corte. Ni es decir que todos vayan á pasar el día siguiente por delante de la iglesia de San Anton; pero son tantos, así bipedos como cuadrúpedos, los que á ella acuden, que bien podemos considerar intimamente relacionada con el suceso á toda ó casi toda la poblacion, desde la buhardilla hasta el piso bajo... damos mal, hasta la cuadra.

Á bien que, desde el día anterior, alegre clamoreo de campanas anuncia á la villa algo extraordinario. Véanse ya por todas partes panecillos del Santo, blancos, amarillos y encarnados, sin contar los montones de dulces que, bajo forma tambien de panecillos, acumulan los confiteros en sus escaparates. Esta clase de aprestos es mayor confort que se sabe por la calle de la Montera ó se pasa por la de Fuencarral.

II.

Si poco tiene que ver la calle de Hortaleza en días ordinarios, todo cambia el 17 de enero. En San Antonio Abad uno de aquellos bienaventurados á quien el vulgo ha solido aplicar más conasajas, amen de su verdadera historia. Sus tentaciones, que no dieron poco que hacer y aun que inventar á los pintores flamencos, están representadas, ó digámoslo, resumidas con el cerdo, animal inmundo, que pone los artistas cabe su imagen; pero como al mismo tiempo es santo á quien suele mirar el vulgo con más cariño que respeto, vénganse las muchachas, amigas de paseo, del mal

tiempo que trae casi siempre consigo, repitiendo aquello tan sabido, y que nosotros modificamos un sí es no es, en aras del hablar pulcro y decente:

«San Anton,
Viejo honra,
¡Mete á las niñas en un rincón!»

Como si el buen santo tuviese la culpa de haber llegado á viejo y de no morir asustado de la manera que el hermoso y joven, de quien las niñas cantan:

«San Sebastian,
Mocito galán,
Saca las niñas á pasear.»

Bien que á veces suele cansarse San Anton de llevar siempre, y hay años en que manda despejar las nubes, aunque entonces la pulmonía se encargue de avisar á los hijos de Madrid que están en suero, y Guadarrama coronado de nieve á muy poca distancia. Con todo esto, los confiteros y vendedores de panecillos prefieren el sol y la pulmonía, que orillas del Manzanares no andan lejos uno de otro en invierno, al tiempo húmedo y templado, que siempre van juntos tambien, como nos está sucediendo al presente.

Por lo demás, lleve ó mate el cierzo serrano, el madrileño ha de dar su vuelta por la calle de Hortaleza, que fuera quitarle la vida el estorbárselo. La mañanita temprano despierta ya á los perezosos madrileños con los gritos: ¡del Santo bendito! ¡del Santo!!! con que los vendedores de panecillos pregonan su mercancía.

Critos que ardean conforme van pasando las horas, y no acaban sino bien entrada la noche. Gente de todas clases, pero en especial del pueblo, acude hacia la iglesia de San Anton. Los hay que se contentan con entrar, si pueden, y volverse; mas tambien son muchos los que emplean el tiempo en dar vueltas por la calle. El gentío aumenta por la tarde, de suerte, que aun en las calles inmediatas son grandes el movimiento y ruido.

Pero sean los personajes de más representacion en la fiesta son los animales irracionales (perdonen los que por racionales se tienen); caballos, mulas y pollinos, que todos, dispuestos y enjaezados con aparato de fiesta, son llevados á la calle de Hortaleza y detenidos en la esquina de la calle de la Farmacia, allí reciben sus ginetes ó conductores la cebada bendita, por una raja abierta para el caso. Estas y otras cosas vió, no sabemos si con la debida conformidad cristiana, Juan Diente, natural de Távora, pueblo de la provincia de Zamora, que atraviesa la carretera de Orense y Vigo, y que rodean dalebosos carreos y aun algunas arboledas, cosas todas raras, increíbles y casi pecados mortales por las regiones de León y Castilla. Lo que vió, sintió y padeció el tocayo de nombre y apellido del tan célebre ballestero de maza de Pedro el Cruel, consta en la siguiente carta, que, despues de escrita á su señor padre, echó en el buzón que en la redaccion del periódico titulado *Justicia para todos*, habian puesto á la entrada del portal. Juan Diente, al ver el buzón debajo de un letrero que decia: *para todos*, no dejó de reírse de los madrileños, á quien tuvo por gente de menguado entendimiento y para poco, pues necesitaban ver encima del buzón del correo la advertencia de que servia para todos; con lo que echó su carta, sintiendo solamente no contar á su padre, honrado laborador de Távora, lo necio que, por semejante causa, le habian parecido los cortesanos. No era Juan Diente incapaz de sacramentos, aunque sí indiscreto, y de esa manera, algo le escoció no haber leído antes de echar la carta en el buzón otro letrero, que alguna buena alma habia puesto, como para completar el de *Justicia para todos*, y decia: *Menos por mi casa*. Paróse el hijo de Távora, y raspándose la cabeza, como que experimentó cierta duda acerca de si habia hecho bien ó mal en confiar la carta á semejante buzón. Mas era joven, rico para su pueblo, que su padre tenia tres yuntas de bueñas, y aunque no dejaba de escocerle la aclaracion de: *menos por mi casa*, al cabo se dijo:

«Si quisiera menos para mi casa, claro era que rezaba conmigo. Ahora bien; por, no es para, y la carta bien echada está.»

No exclamó con más valentía el romance: *¡Alas, ¡jala está!*

Pero la *Justicia para todos*, ó mejor dicho, su redaccion, se habia declarado en quiebra aquella misma mañana; y, por lo tanto, se quedó un acreedor con el referido buzón; vendió al peso los papeles que habia dentro, y á mí me los trajo la cocinera, la cual suela tener de mí parte semejantes encargos para las tiendas en donde compra. Así vino á mi poder la carta de Juan Diente á su señor Padre.

Véala aquí:

III.

Mi más querido padre; me alegraré que al recibo de ésta se halle Vd. con la más cabal salud. La mía es buena para lo que Vd. guste mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad, etc., etc.

Perdone el lector, que no hay nada más difícil en este mundo que las *entradas y salidas*, así en las cartas, como en todos los demas actos y sucesos de la existencia. Y sigue Juan Diente:

El Sr. D. Protasio, por quien Vd. y yo hicimos tanto á fin de sacarle diputado, no sólo no fué á la estacion á recibirme, como Vd. me dijo que lo haria á luego de recibir la carta en que le anunciaba mi llegada á la corte, sino que se debe de andar escondiendo, pues no le hallo en ninguna calle, apesar de que he andado por ellas seis horas de las ocho que llevo en Madrid. Con eso, me determiné á verle en su casa, calle de Hortaleza, número... uno de los sitios más apartados de este demonio de pueblo, pues no sé cuánto tardé en llegar desde el meson de la calle de Segovia en que vivo, y adonde volví para preguntar y que me enseñasen el camino mejor.

Creo que D. Protasio, tratando siempre de que yo no le viese, habia armado por su calle algun pronunciamiento. Figúrese Vd., padre, que aquello era un mar de gente, que si la viera Távora, se habia de preguntar dónde habia pan para tantos. Ello fué, que, sin darme por entendido, ni decirle á nadie lo que de D. Protasio sospechaba, llegué á la entrada de la calle de Hortaleza, no sin verme empujado, llevado y traído cien veces, ni hallarme expuesto á cada paso á ser atropellado por la multitud de caballerías, la mayor parte más lujosa y alegremente enjaezada que sus ginetes. Ya entonces me dije que aquello era demasiado para D. Protasio, y aunque no me apena nada de que dicho señor se ha olvidado ya de nuestros servicios, pues ni contesta á nuestras cartas, ni ha ido á recibirme á la estacion del ferro-carril, con todo eso, mucho dinero hubiera tenido que emplear para hacer que tanto madrileño se agolpase á la entrada de la calle para cerrarme el paso. Demas que nadie daba muestras de conocerme, ni de saber que yo, Juan Diente, he estudiado latin en Zamora, y sé donde me aprieta el zapato.

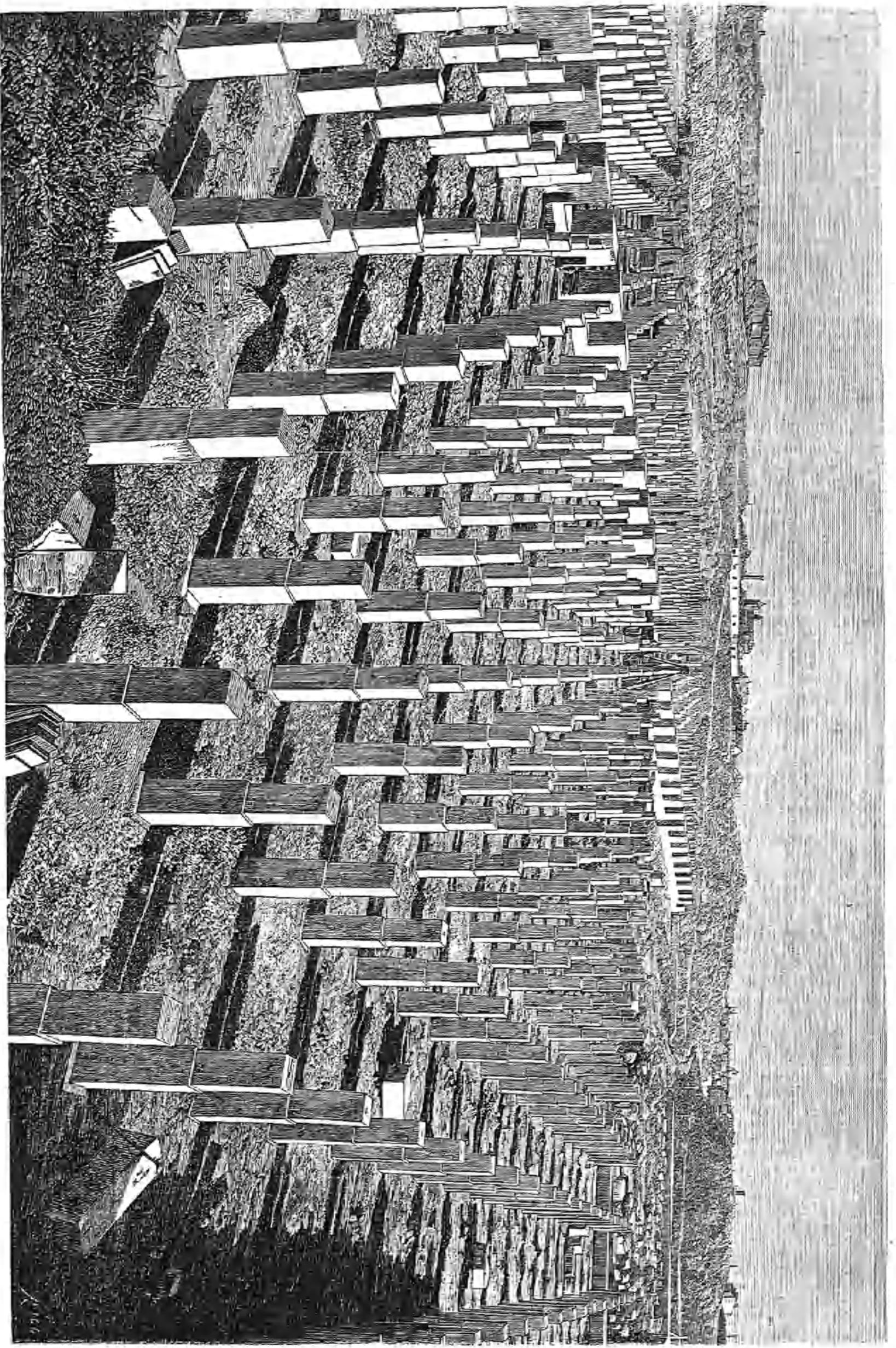
Pues bien: D. Protasio no hizo semejante cosa, pero debió de mudarse con tiempo á fin de que no pudiesen dar con él. La verdad era que yo habia ido á parar á una romaría, ó cosa semejante; pero así recordaba el lodo de la calle de Hortaleza á los alegres pedros y huertas de mi Távora, como el mes de diciembre al de mayo. Gente sí que habia más de la que era menester, gritos más de los que podía sufrir un cristiano, empujones más que pienso llevar juntos en toda mi vida, caballos, mulas, borricos de todos tamaños y edades, tantos que no cabrian entre Távora y Pozuelo.

Ello fué que yo iba mareado, sin saber qué era de mí, ni dónde pararme ó seguir, pues la gente hacia con el hijo de mi padre lo que tenia por conveniente. Ya llevaba andado buen trecho, y la gente me apretaba por todas partes de manera que no habia más remedio sino estarse á veces parado y mirar no se la viniese á uno encima tal cual rúca de mulas, con más campanillas de las que debe de tener el bueno de D. Protasio desde que es diputado, gracias á lo mucho que trabajaron por él los Dientes de Távora. Algo más sereno, fui mirando enderredor, y me pude ir haciendo cargo de que toda aquella gente, aquel dejar desiertas todas las caballerías de Madrid y aquel vocerío continuo ¡del Santo! ¡del Santo! era en honra de San Antonio Abad, á cuya iglesia, que está en la calle de Hortaleza, se encañaba todo el mundo.

Perdone el Santo, pero yo tenia que ver á nuestro diputado, y al llegar al alcázar traté de entrar, y lo logré al cabo, no sin verme pisado, estropeado y aun maldecido por todos aquellos dichosos madrileños, que tan á pechos toman el divertirse, y no querian les estorbára el paso. Ello fué que pude entrar en un portal de buena apariencia, donde, sin duda por aquel día solamente, habian permitido á un bollero tener su puesto de panecillos; que los pregonaba, señor y padre, con tan buenos pulmones, que aun tengo sus gritos desacompañados en los oidos.

Se conoce que el día de San Anton es para los madrileños, y en especial para los que viven en la calle de Hortaleza, dedicado al Santo en todo, y más que nada, en tratándose de vender y comer panecillos, porque yo pasé sin que nadie me dijera nada, apesar de que dicen son tan poco tratables los porteros y porteras de Madrid. La del número... en que yo entré, estaba sin duda pensando en el Santo, pues nada me dijo, ni yo supe qué era de ella.

Seguro ya de hallarme en casa de D. Protasio, dije para mí: en cualquier habitacion habrá alguno de su



OBRAS PÚBLICAS EN MADRID.—NUEVO DEPOSITO DE AGUAS DEL LOZOYA.



TORRE DE LAS DAMAS Y CASA EN QUE VIVIÓ MELGAREJO (A. HANURA DE GRANADA).

familia; pues aunque yo sé, y lo he visto en Zamora, que en Madrid viven casi todos por pisos, no es posible que hombres de la representación de nuestro diputado deje de tener por suya toda la casa. Pero estos madrileños se guardan que es maravilla, y cierran sus puertas a piedra y lodo. Llamé, pues, en el piso principal, pregunté por el señor, y díjome un criado:

—Adelante, en el balcón está.

Y entré, quedándome por el momento á oscuras. El criado abrió una puerta, que inundó de luz el oscuro recibimiento, y vi una sala primorosamente alfajada, en donde apenas me atreví á entrar. Pasé al cabo, pero... como iba diciendo, padre, los madrileños estaban aquel día consagrados al Santo á su manera. Dos señoras mayores que vi hablando á solas, y en sendos sillones, eran las únicas personas que había en la interior de la habitación. Todas las demas estaban en los balcones, viendo pasar la gente y comiendo ricos panecillos del Santo.

Quedéme parado á la mitad de la sala, sin saber qué decir ni qué intentar, hasta que me llamó la atención un hombre que, en frente de mí, hacia exactamente lo que yo hacía. Un tanto repuesto, le miré más despacio, y hallé que era persona de buena estatura, color trigueño, poquisima barba, larga levita abrochada y pantalón, ambos negros, y sombrero largo en la mano. En resolución, la misma cara, el propio aspecto, la *esra efigies* de su hijo de Vd. Juan Diente, como cuando se vistió en Távora para el día del Corpus, la Asunción, y alguna otra solemnidad por el estilo. Era yo, que jamás había tenido delante de mí un espejo del descomunal tamaño como el que habían puesto en aquella sala.

—¡Rico debe de ser D. Protasio, dije yo, cuando tales espejos gasta!

Pero, padre, así se acordaban de su hijo de Vd. como de las nubes de antaño. Entonces, y no sin cierto disgusto de mi propio, al ver que mi traje y presencia, que yo tenía por superiores á toda alabanza, desmerecían un tanto en medio de los primores que me rodeaban, lleguéme al balcón más inmediato, y á un caballero, ya entrado en años, y de buena presencia, que me dió más confianza, le dije:

—¿Está el amo en casa?

—El amo soy yo! repuso el caballero con placentera sonrisa.

—Usted será amo de su casa, no lo dudo. Pero de ésta es amo D. Protasio...

Miróme el caballero, no sin sorpresa, y luego dijo:

—Usted está equivocado. Aquí no hay tal D. Protasio. Hace pocos días que se han mudado los del piso segundo, y quizá en él esté el D. Protasio que Vd. busca.

Habia tal formalidad y firmeza en las palabras del buen señor, que hubo de pedirle me dispensase, pues sin duda estaba yo equivocado, y haciendo una reverencia en redondo, busqué como pude la puerta del recibimiento. Allí oí un sonido semejante al son de aviso de la estación telegráfica de Zamora, que debía de ser para llamar á un criado. Presentóse éste, como nacido del suelo; abríome la puerta, salí, y dando nuestro diputado á Satanás, trepé por la escalera.

Llegué en el piso segundo, y aunque se oían voces de niños, idas y venidas en la interior de la casa, nadie me abrió la puerta, de suerte que me hicieron llamar no sé cuántas veces. Abrieron al cabo, y antes de decir yo una palabra me dijo un hombre:

—Gracias á Dios que ha llegado Vd... Vamos, entre pronto, que estamos esperando.

—Eso es otra cosa, dije yo para mi capota. Esta es la casa de D. Protasio, y me esperan en ella.

—¿En qué está Vd. pensando que no entra! ¿Qué hace usted ahí, hombre de Dios! ¿Qué tales son?

—Están buenos, repliqué; no dudando se trataba de mi padre y demas familia.

—Pues vengan pronto, vamos, ¿qué pesado es Vd.! Como este recibimiento es tan oscuro no se ve nada. ¿Están ahí?

—No señor, dije yo; no han podido venir, pero si Vd. se empeña, volveré.

—¡Volveré, volveré! Pero este hombre no sirve para nada. Cuando le estábamos esperando como al santo advenimiento!

—Bien; lo que hará será dar la vuelta en seguida...

Abrióse en aquel momento la sala y una señora exclamó:

—¿Han traído ya los panecillos?

—¿Qué panecillos, ni qué ocho cuartos, repuso el hombre que me había abierto la puerta. Figúrate, mujer, que cuando yo mismo salgo á abrir á este majadero... creyendo que los traía consigo, se nos viene con que volverá por ellos.

El hombre, que era persona muy bien vestida, me

volvió en aquel instante la espalda; pero la señora, que desde que había abierto no dejaba de poner en mí los ojos, dijo al cabo:

—Pero, Juan, ¿á que se ha puesto Vd. esa levita tan larga y tan fea para la calle!... ¿no le tengo dicho que para eso tiene la que le ha dejado el señor!

—Señora, qué está Vd. diciendo? exclamé fuera de mí. Díganme Vds. qué es de D. Protasio, y déjense de bromas, que apesar de mi nombre, no soy ningún Juan Lanas, y si hecho un voto, perdies, ha de retemblar el suelo.

Quedáronse los dos mirándose, y de pronto la señora dijo:

—Mira, Antonio, no te incomodes. Págame su cuenta, y que se vaya... es lo mejor que podemos hacer.

—Señores, Vds. me quieren hacer perder la paciencia, dije, adelantándome hácia la puerta de la sala.

—Aquí están los panecillos, señorita, me oí decir á mi propio; sólo que no lo decía yo... Ello era, padre, que la voz aquella parecía la voz del mismo Juan Diente.

Si sorprendido y casi muerto de miedo estaba yo, lo mismo le sucedía al señor y á la señora que de tal manera me acababan de tratar.

—¿Quién es aquí Juan? preguntó el caballero.

—¡Yo!

—¡Yo!

Dijimos á un tiempo el de los panecillos y su hijo de usted. Entonces la señora, acercándose á nosotros, exclamó:

—Es que son tan parecidos... que, francamente... el ademan, la voz... sólo en los ojos, que los tiene más grandes Juan que este señor... En fin, y ¿á Vd. se le ofrece alguna cosa?

—Señora, exclamé; ¿me dicen Vds. dónde está don Protasio, ó me desespero de veras.

—Sin duda viene Vd. equivocado, dijo el caballero, tomando un descomunal cucurcho de panecillos de manos de mi tocayo y paracido. Aquí no hay tal don Protasio. Entérese Vd., Juan, al puerto, y cuida de cerrar bien la puerta.

En aquel momento entraron cuatro ó cinco niños y niñas, gritando:

—¡Los panecillos! ¡Los panecillos!

Rodearon al señor y á la señora, entraron todos en la sala, cerraron la puerta, y la algaraca fué prontamente cediendo, señal de que todas las bocas iban tapándose con panecillos del Santo.

Quedé sólo con mi tocayo, á quien le costó no poco trabajo el convencirme de que allí no estaba D. Protasio, por la sencillísima razon de que se estaba muriendo en la buhardilla.

—¿En la buhardilla... D. Protasio? ¿Es posible?

—Suba Vd. y lo verá; me respondió.

A saltos trepé por la escalera, y al llegar jaldando á la puerta de un largo corredor que había en el piso más alto de la casa, fui á llamar, cuando hallé que la puerta cedía al más leve impulso.

—D. Protasio! ¿Está D. Protasio? exclamé, creyendo que todavía se me iba á escapar.

—Silencio, por Dios! Calle Vd., buen hombre, que está descansando un poco. Déjela reposar, ya que tan poco le queda de vida; me dijo una hermana de la Caridad, que se había levantado para ver quién entraba de aquella suerte en la habitación de un moribundo.

—¡Ahí está D. Protasio!

Lleguéme á él, y hallé un anciano de rostro enjuto y venerable, á quien no pude mirar sin mezcla de temor y respeto. Allí no me engañaban, aunque aquel no era el mal amigo que yo iba buscando. Díjome la hermana de la Caridad que el anciano había vivido con una hija, muerta hacía tres meses, desde cuya época el desventurado se había ido quedando poco á poco sin fuerzas y sin vida.

Subía el sordo rumor de la gente; oíanse á cada momento los gritos: ¡del Santo! ¡del Santo! y mientras la multitud desocupada y loca por divertirse se agolpaba en la calle, el buen anciano comenzó á murmurar entre dientes el nombre de su hija. Entonces, padre, me pareció que un rayo de luz divina iluminaba su rostro. Abrió los ojos, quiso hablar de nuevo, pero sólo le oí el nombre de Dios y el de la Virgen Santísima. Despues, todo quedó en silencio. Caímos la hermana de la Caridad y yo de rodillas á los pies de la cama. No sé cuánto tiempo pasó. Cuando me levanté, el ruido del mundo llegaba hasta el cadáver, ya helado.

Le miré de nuevo, y antes de despedirme no pude menos de exclamar:

—De seguro ha mirado el Santo por él. ¡Este sí que es del Santo!

FERNANDO FOLGOSA.

MANIFESTACION POPULAR

QUEBRADA EN MÁLAGA EL DIA 1.º DE ENERO DE 1872.

No habrán olvidado nuestros lectores los tristes sucesos sobre los cuales no se ha hecho aún la luz que su importancia reclama, acaecidos en Málaga el día 1.º de enero del año 1869; sucesos que ensangrentaron las calles de aquella hermosa ciudad y causaron no pocas víctimas, muchas de ellas inocentes, llevando el luto y la consternación al honrado vecindario y á todas las clases sociales.

La *Gaceta* del sábado 4 de dichos mes y año, daba cuenta en los siguientes términos de aquellos penosos acontecimientos:

«MINISTERIO DE LA GUERRA.—*Sucesos de Málaga.*—

Desde la madrugada del día 30 de diciembre, que se tuvo noticia en Málaga de la llegada del general Caballero de Rodas con las fuerzas de su mando á la ciudad de Antequera, se manifestó la Milicia ciudadana de aquella población en actitud hostil, ocupando puntos importantes y formando barricadas. El brigadier Pavía, gobernador militar de la plaza, que llegó á las doce de la noche del 29, tomó el mando en la madrugada del 30, y en vista de la actitud de la Milicia adoptó sus disposiciones, colocando las tropas del ejército en puntos convenientes por si llegaba el caso de tener que acudir á la fuerza para someter á los que se habían rebelado.

Antes de que llegase el caso de tener que apelar á tal extremo, el brigadier Pavía dirigió su voz á los Voluntarios armados, ordenándoles que se retirasen á sus casas abandonando las barricadas y evitando con su obediencia la declaración del estado de guerra. Las exhortaciones del gobierno militar fueron escuchadas por algunos honrados milicianos que se retiraron á sus casas, en tanto que otros en gran número, cerca de dos batallones, se ponían á disposición del alcalde popular; pero los revoltosos, que eran la mayoría, se fueron reconcentrando en los barrios de la Trinidad y del Perchal, que erizaron de barricadas. La noche del 30 pasó en la mayor tranquilidad, agotándose por las autoridades todos los medios posibles de persuasión, sin conseguir que desistieran de su actitud rebelde, pero sin que las hostilidades se rompiesen.—En la madrugada del 31 el general en jefe del ejército de Andalucía llegó con sus tropas á la estación del camino de hierro de Málaga, y pocas horas despues, enterado del estado de insurrección que dominaba en gran parte de la población, publicó el siguiente bando.

En tanto el brigadier Pavía con las tropas de la guarnición de Málaga ocupaba la Alcazaba, Alcazaba, baterías de San José y del Espigón, Banco, Ayuntamiento, San Agustín, palacio episcopal, catedral, cuartales de Levanta, Capuchinos, Merced y Trinidad.—El bando del general en jefe produjo por el momento una impresión favorable en los más obedientes; pero los discolos y perturbadores, al ver abandonar á sus camaradas algunas barricadas, hicieron correr voces alarmantes como la de que habían proclamado la república en varios puntos de Andalucía, con lo que consiguieron animar y enardecer á los incautos que volvieron á las barricadas preparándose para la lucha.

Con este objeto se dirigieron algunos á la batería del Espigón por cañones. Un comandante con dos compañías del ejército fué enviado á dicha batería con instrucciones sensatas y persuasivas, á fin de aconsejar á los insurrectos que desistiesen de sus propósitos, pero fueron recibidos á balazos; el fuego se rompió de ambos lados cesando despues de hora y media, tomando parte dos goletas de guerra surtas en el puerto.—Al propio tiempo, es decir, en la tarde de dicho día 31, el batallón cazadores de Barbastro, que durante todo el día había podido circular libremente, era hostilizado en Capuchinos, empeñándose la lucha, en la que tomaron parte contra los rebeldes el regimiento Iberia y dos compañías de Voluntarios mandadas por el primer jefe de su batallón, tomando á la bayoneta siete barricadas y poniendo en fuga á los revoltosos.—Á las nueve de la noche y apesar del bando del general en jefe se participó á los consules que al amanecer del siguiente día debería sacarse energía y decididamente, si los insurrectos no depusieron las armas.—El coronel Búrgos, en las primeras horas de la mañana del día 1.º, salió á publicar el bando del general en jefe, siendo recibido por el fuego de los sublevados que contestó por su parte sin trazar lucha.—Á las nueve se presentó al gobernador militar un jefe insurrecto anunciando la entrega de armas, exigiendo un plazo y proponiendo condiciones inadmisibles que se desestimaron por la autoridad militar, intimán-

* Suprimimos la reproducción de este bando de obediencia á la brevedad.

dole la entrega, dándole un cuarto de hora de término, trascurrido el cual empezaron las hostilidades, rompiéndose el fuego por el castillo y los buques de la escuadra contra el barrio de la Trinidad, donde se hallaba reconcentrada la rebelión. Una hora más tarde el ataque fue dado por las fuerzas del general Caballero, que después de una prolongada lucha dentro del barrio citado, sostenida hasta el anochecer, dió por resultado apoderarse de los barrios de la Trinidad y Perchel, y de los puentes de Tetuan y Santo Domingo sobre el Guadalmedina, tomando seguidamente la Alameda y barrio hasta la mar, plaza del Mariscal, paseo del Huerto de los Clavales, y todas las casas situadas en ambas márgenes del río.—El brigadier París, que aguardaba en su posición el momento de operar para proteger el ataque del general en jefe, formó una columna al ver tomado el puente de Tetuan y avanzó con intento de apoderarse de la puerta de Mar y calle Nueva, desistiendo de su propósito por haber encontrado las tropas del general Caballero que marchaban con el mismo objeto, por lo que retrocedió entonces por la calle de Santa María, y dirigiéndose hacia la plaza de la Constitución se apoderó de las casas contiguas ya anochecido, y después de sostener un vivo fuego, cogiendo un buen número de prisioneros. Más de 600 han caído en poder de las tropas, que se han batido con la mayor bravura y han rivalizado en arrojo y serenidad. Las barricadas han sido tomadas á la bayoneta, sin que los disparos de metralla á quemarropa detuvieran un momento á los valientes soldados.

Tal es el relato oficial de aquellas terribles jornadas, que nosotros no hemos de completar con el exámen de sus causas generadoras, ni con el recuerdo de sus cruentas consecuencias.

Al cabo de dos años el pueblo de Málaga ha presenciado la conmemoración de aquellos sucesos, la manifestación que con este objeto ha tenido lugar el día 1.º de enero y las exequias por el eterno descanso de los que perdieron la vida en aquella lucha fratricida, cuya responsabilidad, si los hechos se depuráran, tal vez alcanzaría á todas las parcialidades que la provocaron y la sostuvieron.

Nosotros, que pedimos al cielo no se repitan esas catástrofes, cumplimos hoy con el deber que nos hemos impuesto de reflejar en las planas de nuestro periódico todos los sucesos importantes de actualidad, publicando al grabado que aparece en la página 25, hecho sobre un precioso croquis que nos ha remitido nuestro amigo y corresponsal artístico en Málaga, el distinguido pintor D. Emilio Ocon.

La manifestación celebrada el 1.º del corriente mes, debió ser imponente. Poca después de las doce partió de la Alameda la fúnebre comitiva ordenada por distritos, cada uno de los cuales llevaba una bandera negra con su corona de siemprevivas y laurel. Delante iba una música, y por acuerdo de la comisión rompió la marcha el estandarte que la redacción de *El Amigo del Pueblo* dedicaba á los que encumbieron en el infausto día 1.º del año 1809. Una carretela enlutada conducía, en el centro de la manifestación, una magnífica corona, y las cintas que partían del carruaje eran llevadas por varios de los que mandaron barricadas en aquellos tristes sucesos. Seguían al carruaje, vestidas de luto, algunas viudas, madres y huérfanas de los que perecieron en el combate, y no pocos de los heridos en el mismo.

Al llegar al cementerio formaban la comitiva ocho ó nueve mil personas. Colocadas las coronas sobre las tumbas, rodearon el carruaje los comisionados de los distritos, y el pescante de aquel sirvió de tribuna á los oradores Solier, Carrion, Torres, Gilabert y Sarmiento, que dirigieron la palabra al pueblo.

La reunión se disolvió pacífica y ordenadamente.

X.

DOS VOCES.

(SONETOS)

I.

LA DEL ILUSO.

Reinan aquí las dichas que ambiciono:
Seducitor el placer, á sí me llama:
También me espera clamorosa fama:
Mirame la ambición desde su trono.
Ofreciéndote plácida en mi abono,
La tierra fiel sus dones desparrama:
Cuanto soñó la febre que me inflama,
Sabré gozar en lánguido abandono.

Reir con la esperanza al alma quiso,
Y me brinda sus plácemes la suerte,
Y alegres flores por do quiera piso,
¡Qué más puedo anhelar! — Párate ¡oh muerte!
No me arranques del nuevo paraíso
Dónde, siendo feliz, me espanta verte.

II.

LA DEL DEBENGAÑO.

¡No está en el mundo la ventura mía!
Todo en mi derredor cansa tristeza:
Hasta el mirar la gran naturaleza
Redobla mi fatal melancolía.
De los hombres la pérdida falsa
Me despedaza el alma con crudeza:
Del tenaz infortunio la aspereza
Tiene á mi corazón en agonía.
Año un bien infinito que deseo
Mas no puedo lograrlo en parte alguna,
Aunque claro en mi espíritu lo veo.
¿Se vive con tan bárbara fortuna?
Ven presta ¡oh muerte! Pues sin dudar creo
Que de vida mejor la huesa es cuna.

ANTONIO ARNAO.

IMPROVISADO

EN LAS RUINAS DEL TEATRO ROMANO DE SAGUNTO.

El viento de los siglos que derrumba
La torre, la cabaña y el palacio,
Ha rozado sus alas destructoras
Sobre tu mole, ¡augusto anfiteatro!
Tus piedras desgastadas por el tiempo
No marcan ya las huellas del romano;
El viento que agitó las cabelleras
De sus hijas gallardas, hoy caído
Entre las yerbas que salvajes cubren
Tus gradas ruinosas, pasa rápido.
El tiempo ha sumergido en sus abismos
Los séres que tus ámbitos poblaron
De animación y vida, y en las ondas
Del olvido, perdidos van flotando
Los ecos de las risas que el genio
Al bistrion prodigó con sus aplausos.
Hoy el silencio augusto de las tumbas
Desploma en tu recinto solitario
La sombra de sus alas. Ya tus muros,
Al peso de los siglos inclinados,
Doblegan su alta frente á las injurias
De la lluvia y el viento. Pronco acaso
Rodarán por el suelo confundidas
Las negras piedras de tus régios arcos,
Y el pasajero pensativo y triste,
Dirigiendo la vista hácia el pasado,
Levantará en su mente tus ruinas
Que el peso de la gloria soportaron.
Tal vez un pie profano indiferente
El cariñoso mazo que su manto
Arrojará, cubriendo tus escombros;
Pero la Historia vengará, grabando
Tu nombre en letras de oro, tal ofensa,
Que si el tiempo arrebatara despiadado
Y los vientos del cielo airado arrojan
Tu mole, convertida en leves átomos,
Sobre el tiempo la Historia se levanta,
Y ella en su frente llevará grabado
(Oh Sagunto! tu nombre, al remontarse
Brillando eterna como ardiente lampo
De una llama inmortal, sobre los siglos,
¡Que al desplomarse su escabel formaron!

ANTONIO CHOCOMELI CODINA.

Punto 1871.

ARCO DE TRAJANO EN MÉRIDA.

Pocas ciudades alcanzaron la importancia que llegó á tener, durante la dominación romana, la célebre Mérida (*Emerita Augusta*), á la que Prudencio llamó *Clara Colonia Vetonica*, elogiándola con los siguientes versos:

*Nunc loque Emerita estumulo,
Clara Colonia Vetonica,
Quam memorabilis annis á na
Proteret, et perdante rapax
Gurgite, Mœnia pœdera locat.*

Tantos y tan magníficos monumentos, que competían con los de Roma, contenía esta ciudad, considerada en tiempo de Pomponio Mela como la primera y más ilustre de la provincia lusitana, y á la que Cayo Plinio conceda también prioridad entre todas las colonias, que no es raro dijera el moro Rasis, que *non ha nome en el mundo que cumplidamente pueda costar las maravillas de Mérida*, ni es de extrañar que hayan llegado hasta nuestros días y se conserven en mejor ó peor estado numerosos y venerables restos de su antiguo esplendor, siendo objeto de estudio y de admiración de las generaciones presentes.

Uno de esos monumentos que han resistido á la acción destructora del tiempo, y sobre el cual han pasado dieciocho siglos, impotentes contra su gallarda fortaleza, es el arco triunfal erigido en honor de Trajano, de cuya soberbia obra publicamos hoy una copia en la página 21 de nuestro periódico: fabricado con enormes sillares, presenta en el corte y distribución de las piedras, en la pureza de sus líneas y en sus bien entendidas proporciones, todos los caracteres que revisten las construcciones de su género y de su época; pero no ofrece peculiaridad alguna que merezca una descripción especial.

Se mantiene igualmente en pie el famoso puente sobre el Guadiana, algunos pilares, entre ellos varios con tres órdenes de arcos, unos sobre otros, del Acueducto; las ruinas del Circo; restos del templo de Diana con no pocas airoas columnas de cuarenta pies de altura, y otros muy curiosos y de inapreciable valor á los ojos del arqueólogo, entre los cuales ocupan el primer lugar los de la Naumáquia, que hoy llaman vulgarmente *Baño de los romanos*, y que aun en los tiempos de éstos un grandioso estanque sostenido por robustos muros en que se daban vistosos espectáculos de combates navales.

X.

LA CASA DE DON MARIANO MONASTERIO.

(MADRID.)

Entre las lindas construcciones que se levantan todos los días en la Fuente Castellana, fija la atención de los curiosos por la novedad de su forma, y de las personas reflexivas por el nombre grabado en sus muros, una casa de las últimas del paseo.

Su dueño ha querido dar una muestra del partido que se puede sacar de la madera convenientemente preparada para la ornamentación de los edificios, y debe estar satisfecho del elegante mirador central, en el que sobresalen la atinada combinación de los adornos y proporción de las líneas.

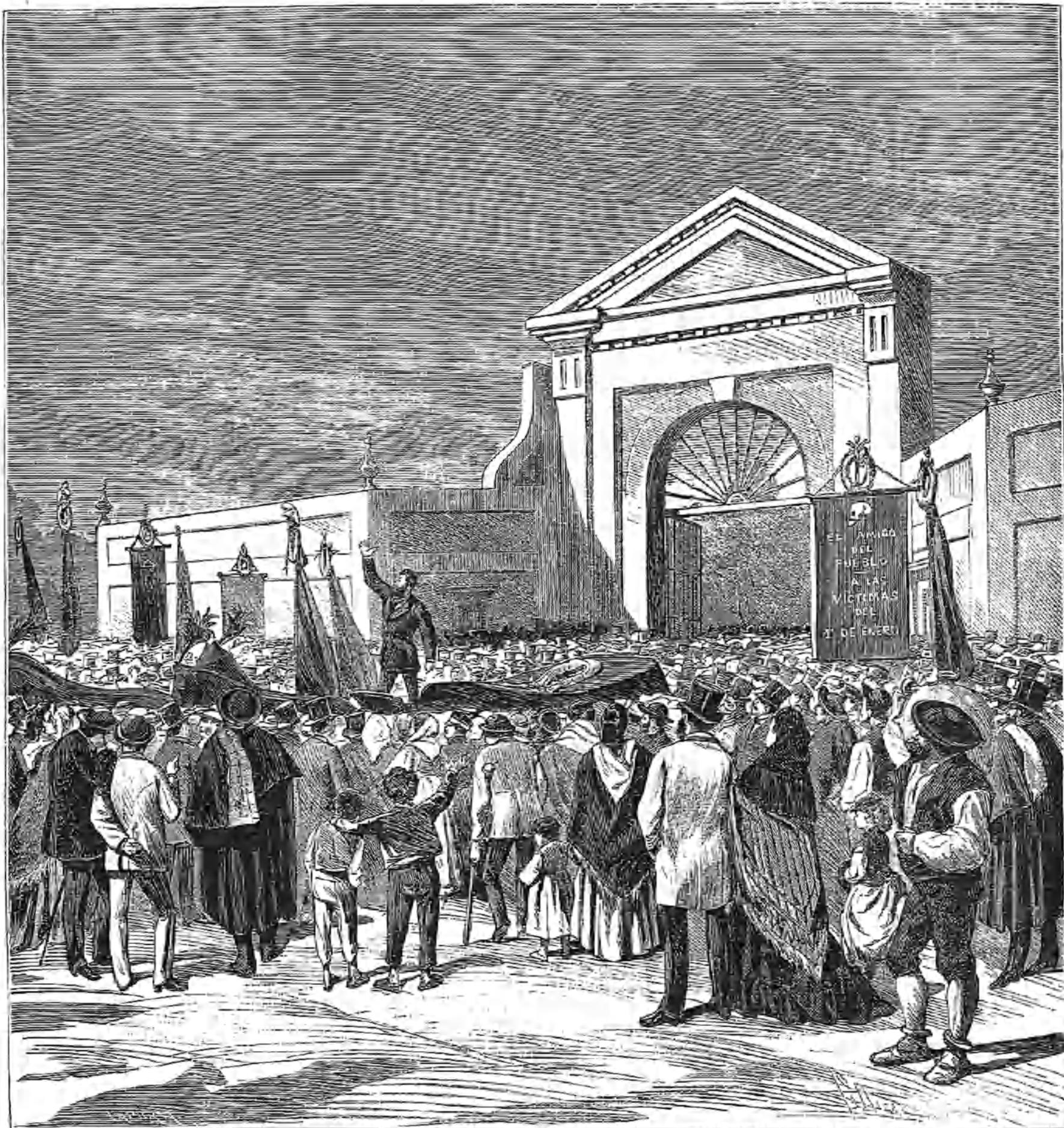
Obrero inteligente, el Sr. Monasterio ha distribuido su casa conforme á las necesidades de una familia, y nada falta en ella para satisfacer las exigencias que reclaman los adelantos de la época presente. En la parte de atrás tiene estensos almacenes y espacioso taller; pero lo que más llama la atención es una palabra esculpida en el muro de la azotea como nombre ó emblema de este bonito edificio levantado á fuerza de trabajo. *Ponos* (trabajo), es esta palabra con la que, sin duda, ha querido indicar el propietario de tan bella construcción que el trabajo es una de las fuentes más copiosas de la riqueza, uno de los medios más legítimos y honrosos de adquirirla.

V.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,
ECONÓMICAS Y LINGÜÍSTICAS.

Entre las solemnidades literarias que van teniendo lugar, á medida que reanndan sus tareas académicas las corporaciones sabias de nuestro país, merece mención distinguida la apertura de las cátedras del Ateneo Científico y Literario de esta corte. Celebróse la sesión que para tan importante acto fijan sus estatutos el día 25 de noviembre próximo pasado, y no sólo sirvió de grata complacencia á los que asistieron observar el número y escogido concurso que á sus salones atraía la académica fiesta, y saber que eran muchos los hombres notables que pensaban abrir cátedras durante este invierno, sino que se congratularon sobremanera por haber escuchado el notabilísimo discurso que pronunció el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Ateneo. Bien es verdad, que, sabiéndose de



MANIFESTACION POPULAR CELEBRADA EN MÁLAGA EL DÍA 1.º DE ENERO DE 1872.

antemano que iba á pronunciar el Sr. Cánovas el discurso de inauguración de las tareas anuales, pudo suponerse por los concurrentes que podrían admirar una vez más la facilidad de lenguaje, la alta corrección de estilo, la galanura y atractivo de la frase, la profundidad de pensamiento, la belleza y la importancia, en fin, que sabe dar á la idea y con que reviste la forma de sus discursos este joven orador político. No obstante, el discurso del Sr. Cánovas excedió á lo que en una mera reunión académica podía exigirse de su propia reputación y del objeto de aquel acto literario. Bellísimo como discurso académico, profundo como disertación filosófico-política, no sólo se vió allí al presidente de la distinguida Corporación que reanudaba sus tareas y á quien era fácil cumplir en breves palabras con su cometido, sino al historiador, al filósofo, al hombre de Estado, á quien la inestabilidad de las cosas humanas,

la incertidumbre del porvenir y lo providencial de los grandes acontecimientos de la sociedad, preocupan y dedican á serias, muy serias meditaciones.

Las graves preocupaciones que inspiraban un año há sus palabras debieron ser compartidas, dijo el Sr. Cánovas, por los profesores y los socios más asiduos del Ateneo, cuando tal y tan eficaz atención han prestado después, lo mismo en las secciones que en las cátedras, á los peculiares problemas de nuestra época, sin desatender por eso las fundamentales y serenas especulaciones que son igualmente propias de todos los siglos. Muchas de las fáciles predicciones de su discurso anterior, añadió el Sr. Cánovas, se van ya cumplidas. «Rendida está la Francia, dijo con solemne entonación el señor Cánovas del Castillo; restaurado el imperio germánico, y aquella edad que sucedió á la intitulada Edad Media, ostentando el título de Moderna, desde el si-

glo XV hasta ahora, puede darse por terminada.» ¡Quién sabe, pensábamos nosotros, si con más acierto merecía todavía nuestro siglo hallarse en plena Edad Media! Pues qué, ¿son tales sus virtudes y su civilización, han sido en él tan escasas las traiciones y las guerras, han sido mayores en número los días serenos que los destinados á inmensos cataclismos!

«Los últimos acontecimientos, añadió el orador, han dado lugar á que el organismo del género humano, bien poco diferente en su esencia desde la formación de los reinos y repúblicas griegas hasta ahora, experimente así en sus formas como en la distribución de sus fuerzas una modificación durable y honda. Bájase tal organismo en la histórica existencia de las naciones, las cuales constituyen la mayor sociedad y la más extensa familia, y la más poderosa y respetable persona jurídica que el hombre produzca ó cree, al propio

tiempo que estableció una división geográfica y natural del inmenso trabajo humano. Dentro del círculo de cada nación, aparece dicho organismo envuelto en las formas complejas y distintas que recibe la indispensable y común institución del Estado. Y claro es, señores, que tamañas alteraciones como todo esto acaba de experimentar en Europa, tenían que estimular, ya que no engendrar por sí solas, cual en otras parecidas ocasiones, movimientos, tanto y más graves, en la totalidad y las profundidades del orden social. Han venido así á juntarse, por consiguiente, difficilísimos problemas sociales con las cuestiones políticas, harto complicadas ya de la edad presente, acrescentando por todo extremo la confusión y la alarma.» Manifestó acto continuo el Sr. Cánovas cómo puestas por tierra las más de los antiguos tronos latinos, abolido el poder temporal de los Papas, desbaratado el imperio francés y nuevamente alzado el germánico, de esperar era en verdad, que suspendiese la Providencia sus duras lecciones; y lejos de eso, las guardaba más ásperas! Pero, ¿á qué referirlas menudamente, exclamaba el presidente del Ateneo, cuando todos por igual las conocemos? «Ya el año pasado anticipé aquí la idea de que la grave crisis que estaba atravesando la Europa, por causa de la guerra pendiente entre Alemania y Francia, consumiría el descrédito del sistema político que impusieron los revolucionarios de 1789 á su nación, y tomó de allí el resto de la gente latina; y por cierto que no me desmienten los hechos. Baste, no obstante, con recordar ahora que mientras luchaban entre sí desigualmente los más fuertes de los Estados, los más belicosos de los soberanos, los más acreditados de los ejércitos de la tierra, la demagogia comunista, natural é irreconciliable enemiga de todo Estado, de toda soberanía, de todo ejército, como de cualquiera agrupación ó fuerza disciplinada, ha logrado otra vez cambiar sus tenebrosos antros por la luz del sol, ofaciéndose á nuestra vista con más siniestro aspecto aún que en 1848 presentara.» Recordando en seguida el señor Cánovas las huellas todavía huicantes de sus pasos por la gran capital del mundo civilizado, por París, cuyos recientes horrores son más convincentes que todos los artificios retóricos, declaró que ni era pesimista ni le espantaba la contemplación de los sucesos contemporáneos. «Para ello, dijo, sería menester que no confiase tanto cuanto confío en la intervención de la Providencia en la historia, y no siendo pesimista, de nada debo especulativamente espantarme. Para mí todo tiene en el tiempo su razón manifiesta ó latente; y todo espero que á la postre ha de servir para mejorar en esta vida la suerte de los hombres y hacerles ganar el bien eterno. Impensados, y dolorosos, y grandes son muchos de los actuales sucesos, é no dudarlo; pero la historia del humano linaje los ofrece tamaños, que nadie que á fondo la conozca, puede desesperar del porvenir, ni extremar en lo presente su espanto. Mayor que la de los sucesos es la magnitud de los problemas sociales hoy planteados y no resueltos; y como quiera que semejantes, y acaso idénticos, y tanto ó más difíciles los ha hallado ya y resuelto la especie humana, ni ellos tampoco deben poner miedo en el alma. Pero son muy costosos, engendran sobrados pedecimientos y producen harto irreparables yerros los experimentos y tanteos de reforma social, encaminados á un fin quimérico, para que sea posible, ni lícito tratar de ellos fríamente; y de aquí procede tan sólo la vehemencia de algunas de mis frases.»

Declaróse con estas frases el Sr. Cánovas, una vez más, no sólo filósofo y político, sino político cristiano,

y aún adelantaba más en su discurso, cuando asaveraba que no cabe buena política, ni pueda haber seguro progreso en las ciencias morales, sin un justo concepto de la vida y de la muerte. «Porque lo profesan muy errado los pesimistas, percibiendo sólo en el hombre lo malo que tiene, sacen entristecer y áun achicar la vida; más, al cabo y al fin, no la corrompen. Los optimistas, añadió, por el contrario, falsificando la naturaleza y el objeto real de la vida, la corrompen primeramente, y, mal su grado, la llenan también luego de desengaños y, por consiguiente, de tristeza. Fácil me fuera, sin salir de la esfera abstracta y teórica, en que, por deber como por voluntad, encierro aquí mi pensamiento, determinar los



EXCMO. SEÑOR DON VICENTE BARRANTES.

errores de optimismo, que tanto agravan hoy las endémicas enfermedades del cuerpo social; más ya que no lo consienta el principal asunto de mi discurso, por lo ménos, he de desvanecer cuantos al paso encuentra. Que en suma, señores, ya que se deba huir cuidadosamente del impio pesimismo, por una parte, más hay que huir, por otra, si cabe, del insolente y superficial optimismo. Para quien seriamente piensa en los grandes y eternos conceptos de Dios y del hombre, del individuo y de la especie, de las naciones y de las razas, del Estado y de sus miembros, de la libertad y de la autoridad, del cuerpo físico y del alma espiritual é inteligente; para quien contempla en su admirable suma y conjunto todos estos varios é irreductibles elementos, que constante y necesariamente tienden y caminan á concertarse en el espacio y el tiempo; para quien dilata su conciencia por las regiones serenas de la verdad indagada, demostrada y elevada á científicas, ni uno ni otro falso sistema de estimar la vida, pueda ó debe tener crédito alguno.»

«Es, sin duda, imposible, añadió el orador más adelante, que como algunos pretenden, reemplace á Dios en sus funciones dentro del orden moral, el espíritu humano, ni áun considerado abstractamente. Porque él así y todo es contradictorio, falible, variable; y lo mo-

ral y lo justo, si una vez se admiten, por fuerza hay que admitirlos, y guardarlos, como conceptos idénticos, universales y eternos. Todavía menos podrá sustituirse nunca con la divinización del alma en cada hombre, cual otros intentan, el concepto universal de Dios, puesto que á despecho de la teoría de lo absoluto inmanente y del optimismo panteista, que es su inmediato engendro, la tendencia al bien, y la tendencia al mal, libran batallas continuas en el fondo de cada individuo; y lo inmaterial, lo moral, lo bello, se ven allí disputado el campo, á todas horas, por lo material, lo inmaterial y lo feo, triunfando el mal, ó el bien, en unas personas mismas, alternativamente. Y si es verdad,

señores, que la libertad del hombre la afirman sus propios errores, no lo es ménos que ellos afirman y prueban al tiempo mismo, la existencia de algo por separado que no puede errar, como con efecto existe y no yerra. Negar esto último, y de consiguiente á Dios, es negar la realidad de cuanto dentro de sí tiene el hombre para sobreponerse á la imperfección de su propia naturaleza, y de cuanto fuera de sí necesita para no contentarse con satisfacer sus gustos ó pasiones individuales, y ejercitar ó hacer ver, cuanto tiene de peculiar y excepcional entre los seres. Y en resolución, señores: cuando en las *Lecciones de Teodicea popular*, se afirma aquí á Dios, se afirma por de contado y con eso sólo la realidad de todo el orden moral, así como al formular semejante afirmación racionalmente, se afirma también la razón, es decir, el poder y la excelencia del libre espíritu del hombre. Tan grande es, pues, el alcance de la espeñanza de la *Teodicea*, nunca quizá tan oportuna, como en los tiempos presentes. Nadie negará tampoco que sea oportuno, continuaba el Sr. Cánovas, el tratar concienzudamente en el Ateneo, del Estado y sus relaciones con los derechos individuales y corporativos. El estudio de la naturaleza propia del Estado, la determinación de su esencia durable, y de sus atribuciones y formas contingentes, dan hoy día lugar á cuestiones no ménos efusivamente planteadas, que constante y profundamente debatidas. Y no hay que tornar la vista, dándonos ligeramente por hastiados, en cuestiones, de cuya diversa apreciación en tanta parte provienen las inquietudes, los peli-

gros, y las perturbaciones contemporáneas. Diré aquí más, aunque no sea ya la vez primera que lo digo, y es, que, á medida que la incredulidad y la duda adelantan (mientras vayan adelantando por el mundo), mayor será la necesidad de tal estudio, porque ha de ser también mayor la necesidad de dotar á la humanidad de propios organismos, con que se baste á sí misma, en cuanto es posible, durante la ausencia de lo sobrenatural, de lo trascendental, de lo extramundano, que nunca será completa, ni muy larga.»

Fácil es concebir como abordando cada vez con más profunda intención el Sr. Cánovas estas tan importantes como espinosas cuestiones, aumentara de grado su grado el interés de los oyentes, en quienes podía haber, muy ennobrecida, creyentes y escépticos de diversas escuelas, de muy variada tendencia; pero manifestábase de un modo general el interés con que todos oían su fácil, su viva, su religiosa palabra. Por esto como nunca ha llamado la atención el discurso de inauguración del Ateneo; porque en una época de profundas escisiones y de osadísimos propósitos filosóficos, atraen y obligan á meditar, aunque no á todos conviertan, los pensamientos de los hombres aplicados que dedican sus vigilias á tan serios estudios.

La Economía política, buscando su complemento en

la Moral y la Religión; la influencia del Estado en el bienestar de los asociados ó de las sociedades, y la importancia práctica de ciertos problemas políticos de hoy día, ofrecieron al Sr. Cánovas vasto campo para lucir sus conocimientos históricos, manifestar sus dotes de filósofo y sus creencias como político. «No satisfacen ya, exclama, según sabéis, á la escuela igualitaria de estos tiempos, el derecho común y la democracia, es decir, la libre concurrencia, en todos los países latinos establecida ya, para disputar y obtener imperio, honores y bienes de fortuna. No les basta á los novísimos reformadores con que ya no se herede en muchas partes el poder público, ni tampoco se hereden las funciones, las dignidades y los altos lugares del mundo, sino que aspiran á destruir el medio orgánico de la continuidad social y el único vínculo que resta entre las generaciones sucesivas, para mantener la completa solidaridad humana al través de los siglos; el único, digo, y siempre el más indispensable, que es la herencia individual de la tierra. Mal descansa á la herencia y á la propiedad misma esa escuela política y económica que, contentándose con que la humanidad viva al día, va paulatinamente desterrando del mando el antiguo y fecundo principio de continuidad ó sucesión, que ántes informaba todo el orden social. En lo económico, apenas ha producido otro argumento importante dicha escuela, que aquel conocido sofisma de Bastiat, tan enemigo de los altos sofismas, por medio del cual intentó demostrar vanaamente, que el dominio y posesión individual de la tierra la dejaban tan libre, tan inagotable y tan por igual á la mano de todos, como están los inapreciables agentes naturales, que se llaman luz ó aire. La propiedad de la tierra, que en virtud de la herencia prolonga más allá del sepulcro la familia, y con la familia la patria, y con la patria el orden social todo entero, no puede explicarse ni defenderse por nada actual y pasajero, sino que hay que derivarla por fuerza de lo que es permanente en la vida. Ni la propiedad individual, ni la familia misma, serían ciertamente indispensables para una limitada vida de hombre: donde lo son con evidencia, es en la sucesión y proceso de la historia. Sin elevar, pues, el principio de continuidad y sucesión á la ley fundamental humana, nada se explica satisfactoriamente en el orden civil, y mucho deja de explicarse bien asimismo en el orden político. Con él, por el contrario, hallan al punto razón suficiente la propiedad, y la familia y la patria; y aun aquella forma del poder político, que en mi opinión lleva á todas ventajas, que es la hereditaria, la monarquía.»

Con no ménos elevación de ideas pretende penetrar el Sr. Cánovas en los arcanos del por qué de las revoluciones, y dice que ni la historia, ni la economía política, ni el derecho público, desvanecerán jamás los errores sociales del comunismo. Halla imprescindible la religión para conservar y mejorar la suerte de la especie humana, y cree que sólo el Estado puede hacer inviolable la propiedad y la familia. Pero aquí entra la vacilación y la duda, y en cierto modo preguntaba el orador si podría perecer el Estado. «El Estado tendrá que salvar á la larga á los individuos, ó para decirlo con más exactitud, los individuos mismos buscarán desalados y ciegos su salvación en el Estado, cuando ya les falte el aliento para seguir nadando en el mar de la anarquía.» De aquí es que dando tanta importancia al Estado, no podía por ménos de estudiar el digno presidente del Ateneo la eficacia de las diversas formas que recibió, y si bien á grandes rasgos trazó el actual modo de ser de Inglaterra, explicó por qué aquella nación poseyó en gran parte la libertad política, cuando las otras naciones no la sospechaban siquiera. «La república disfrazada que allí se llama monarquía, propende, sin duda alguna, á quitarse la máscara.» Como quien ha hecho profundos estudios sobre las diversas constituciones políticas que rigen las sociedades europeas, decía el señor Cánovas: «pero la marea del sufragio sube, y sube, en Inglaterra también constantemente. Y el día en que de verdad cambie el poder de manos, pasando por completo de las de los ricos á las de los que nada poseen; el día en que la envidiable excepción que donde quiera constituye la riqueza no esté mantenida por una fuerza política igualmente excepcional y predominante, en el organismo constitucional, proporcionada á la importancia de la excepción misma y á la intensidad de la envidia que ya en el proletariado excita; el día en que poniéndose de moda la retribución de los cargos públicos, deje de haber, cual hay ahora, con consentimiento común y utilidad general, según he dicho, una clase gobernada y otra gobernante, por hereditaria y adquirida sueldos provisionales, propende, conservadora; el día, por fin, en que la especie de superstición monárquica que tanto ayuda aún todavía á la espontánea obediencia; se

desvanezca ó considerablemente se aminore, por el creciente y maléfico contagio de las ideas continentales, la Inglaterra pasará también amargas horas, como las ha pasado otras veces. Porque las razas, señores, producen distintas aptitudes é inclinaciones sin duda; pero ni la diferencia de aptitud, ni la de inclinación entre los hombres pasan de cierto límite, por lo cual son todos los hombres capaces de unas cosas mismas, ántes ó después, y en mayor ó menor grado.» Estas mismas consideraciones tan profundamente políticas y filosóficas del Sr. Cánovas, nos traían á nosotros á la imaginación, otras reflexiones más vulgares, más prácticas; pero no ménos atendibles y consoladoras para cada tendencia política. Es indudable que al empuje del comunismo podrán desaparecer otras instituciones, hundirse los tronos y perecer las monarquías, pero la historia de la humanidad ha presentado millares de veces el ejemplo de estos vaivenes, de estas variaciones. Del caucaso de las monarquías nacen las repúblicas, y del abuso de las repúblicas vuelven á surgir las monarquías. Versando el discurso del Sr. Cánovas sobre tan importantes cuestiones, ¿qué mucho que fuese oído con interés por los concurrentes, y que luego haya sido comentado, ora á favor de las ideas en él emitidas, ora en contra, por la generalidad de la prensa política. Es lo cierto, dejando aparte la mayor ó menor simpatía que puede infundir á cada uno la escuela política en que milita el señor Cánovas, que su discurso llamó sobremanera la atención, y que fué digno de la brillante reputación literaria del eloquente presidente del Ateneo.

También la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación celebró sesión inaugural el 18 de noviembre, leyendo el presidente de la misma, Sr. D. Cristóbal Martín de Herrera, un notable discurso que fué oído con vivo interés, porque versaba sobre un asunto crítico, muy crítico hoy, por rozarse con la política palpitante, con la política revolucionaria de nuestro país, que según se dice vulgarmente, viene constituyéndose desde 1812; pero que no acaba de constituirse nunca. Tomó el Sr. de Herrera por tema la siguiente pregunta: *¿Qué efectos debe legítimamente producir en las resoluciones del Estado con la Iglesia la libertad de cultos, tal como ha sido consignada en el artículo 21 de la Constitución de 1869?* «No cabría dentro de los límites de este discurso, dice el presidente de la Academia, el juicio crítico de las reformas civiles y penales ya verificadas, aunque con carácter provisional; sólo exponeré como indicación preliminar del punto de vista desde el cual examinaré luego la cuestión que me propongo tratar exclusivamente, que la importante ley del matrimonio civil no está, á mi modo de ver, inspirada ni en la recta inteligencia del artículo 21 de la Constitución, ni en el verdadero sentimiento católico que hubiera sido tan fácil hermanar en la materia con las exigencias de la libertad religiosa. Al obligarse la nación á mantener el culto y los ministros de la religión católica, garantizando, sin embargo, el ejercicio público ó privado de cualquiera otro culto á todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho, garantía extensiva á los españoles si algunos profesaran otra religión que la católica, la Constitución proclamó altamente un hecho que de día en día adquiere mayor notoriedad y consistencia: el de la universalidad del sentimiento católico en España con excepciones raras, y éstas no en favor de ninguna otra de las religiones conocidas; y consiguientemente declaró la continuación del deber en que por los más justos y solemnes títulos, venía constituida la nación, de subvenir á todos los gastos del presupuesto eclesiástico. Ahora bien: en un país donde esto sucede ¿qué necesidad, ni qué conveniencia, ni qué razón había para obligar á los católicos, esto es, á la casi totalidad de los ciudadanos, á reiterar la celebración del matrimonio ante un juez municipal? ¿No ofreció durante muchos siglos al legislador civil plena confianza la forma canónica del acto ante el párroco, sin que jamás perjudicase á ninguna de las condiciones que la ley requiere en él, para calcar sobre el mismo todos los derechos y obligaciones de la familia en cuanto á las personas y á los bienes? Y si lo que se quería era secularizar el registro, Alemania, Inglaterra y Portugal, en donde el registro civil existe al lado del matrimonio religioso, enseñan que para ello no era necesario imponer á los católicos un gravamen tan considerable, ni inferir á sus creencias la ofensa de no tener por válida ni suficiente la forma sacramental que siempre había sido respetada por la legislación española. Esto sin considerar por otra parte lo que aquel gravamen y esta ofensa se aumentan al hacer necesario para los que sólo van autoridad y jurisdicción en la Iglesia respecto á las graves y delicadas cuestiones matrimoniales, un juicio doble ante los

tribunales eclesiásticos y civiles en tales asuntos. Todos estos males se hubieran evitado facilísimamente y sin perjuicio de la verdadera libertad de cultos, adoptando el sistema que prevalece en Inglaterra y en la mayoría de los Estados de Alemania, en virtud del cual el poder civil reconoce la validez y eficacia del matrimonio religioso para todos sus efectos en la familia y el Estado, y al mismo tiempo tiene establecido un matrimonio puramente civil para aquellos ciudadanos que no pueden celebrarlo por ningún rito, á causa de no profesar ninguna religión positiva. En España hubiera bastado, como en Portugal, seguir respetando el matrimonio católico con todas sus consecuencias, estableciendo como supletorio el civil, una vez que ninguna otra religión ha tomado ni probablemente llegará á tomar carta de naturaleza en esta país, confirmando la opinión de los que creen que en general la raza latina está destinada á no ser sino católica ó racionalista. Pero por aplicar á cuestión tan interesante el criterio radical, cuya condición es no atender lo bastante á la tradición, á los sentimientos y á los hábitos del pueblo para quien se legisla, trasladando crudamente las teorías desde los libros á los códigos ó de una nación á otra, se ha hecho una ley difícil de encarnar en las costumbres del pueblo español, dando lugar entretanto á un estado de cosas gravísimo, en el cual se encuentran en incierto muchas uniones conyugales con todas sus trascendentales consecuencias, y en suspenso las cuestiones más urgentes y graves relativas al lazo matrimonial, al estado civil y á los derechos é intereses familiares.»

Con tan importantes premisas raciocina el Sr. de Herrera, apoyándose en consideraciones filosóficas de no poco peso, en la historia, en las legislaciones antiguas, y al fin en la misma libertad de la Iglesia y del Estado, concluyendo con desaprobación la manera como ha sido establecido el matrimonio civil, y haciendo un apasionado elogio, como jurisperito, del sistema, relaciones concordadas entre el Estado y la Iglesia, debido á Covarrubias, Salcedo, Cañada, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos y tantos otros.

«Este sistema, dice el Sr. de Herrera, terminando su discurso, es el liberal, sí, en el más recto y verdadero sentido de la palabra, pues ¿qué sería de la libertad en nuestra amada patria si no hubiese puesto sus cimientos con la emancipación de la sociedad civil, la escuela jurídica de que aquel procede? Es también liberal bajo el aspecto de la justa protección que dispensa á la Iglesia; pues, ¿acaso no fué la Iglesia la que esparció en el mundo las primicias semillas de la moderna libertad, tan diferente de la que con este santo nombre se conocía en el mundo antiguo? ¿No tiene la idea liberal encarnada en su dogma, en su moral y en sus instituciones? ¿No es ella la que emancipó al esclavo, dió dignidad á la esposa y á la madre y mejoró la suerte del hijo de familia suavizando la patria potestad? ¿No elevó la condición del ciudadano que en las antiguas repúblicas desaparecía en la personalidad absorbente del Estado? ¿No fundió la civilización romana con el carácter y costumbres germánicas estableciendo el equilibrio entre el elemento social y el individual, sin el cual no pueden existir el orden y la libertad política? ¿No salvó la civilización y la ciencia en la Edad Media? ¿No ayudó á reconstruir las monarquías sobre las ruinas del poder feudal? ¿No ha transigido después con los principios modernos y con las nuevas formas de Gobierno? Y si por desgracia una bastarda escuela, afectando defender sus espirituales intereses, la perjudica hoy con funestas exageraciones é intransigencias, debemos esperar que muy pronto sobrevenga una saludable reacción hácia la política tradicional de la Iglesia, restableciendo una vez más su saludable concordia con el poder civil.»

El Sr. vizconde de los Austrines, secretario primero de la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación, leyó en la misma sesión inaugural una Memoria ó Reseña de los trabajos en que tan útil corporación se ha ocupado durante el año académico de 1870-1871. Hemos hecho mal en calificarla, como modestamente se califica esta reseña, de memoria. Es un libro, es la historia detallada, verdadera, razonada y concienzuda de todos los estudios, disertaciones, discusiones públicas y demás trabajos habidos en la Academia. Y no se crea que los trabajos de este cuerpo literario y científico se reducen meramente á la ilustración de alguno que otro punto relativo á las leyes por que se rige nuestra patria. En su recinto se han abordado todas las cuestiones, se han pronunciado discursos notabilísimos, y al lado de eminentes repúblicos y de jurisperitos consumados, han esgrimido las armas de la contaría notabilidades ménos conocidas aún, pero no ménos promotoras de estudio, de reflexión y de talento. Ora se discutiera la libertad de imprenta, ora sobre las ástas liberales y artes

similes en el terreno del derecho, ya fuese el divorcio civil y únicamente considerado, lo que llamase la atención de los académicos, ya la interpretación de la ley 23 de Tora, ó la reforma del Código penal español en lo relativo á delitos de imprenta, siempre supieron dar los diversos individuos que tomaban parte en las cuestiones interés á la discusión y belleza á las formas oratorias. El concienzudo y bien escrito análisis de los trabajos de la Academia hecho tan magistralmente por el vizconde de los Antrines, á quien no tenemos el gusto de conocer, prueba dos cosas: que la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación ha prestado notables servicios en el año que acaba de transcurrir á los buenos estudios, objeto de su instituto, y que en tan notable centro científico obtendrán nuevos laureles no pocos de los jóvenes más distinguidos de esta época. Acostumbramos á hablar el lenguaje de la verdad: cuando hallamos dignos de aplauso los actos de nuestras corporaciones, los aplaudimos; cuando no, los relegamos al olvido ó trasladamos á nuestras revistas, lisa, clara y llanamente, nuestras censuras.

Pero no podemos terminar esta ya sobrado extensa revista, sin añadir que el día 14 del actual ha tenido lugar, con la solemnidad de costumbre, la recepción del nuevo académico de la Historia D. Vicente Barrantes, que ha entrado á ocupar la vacante del Sr. D. Modesto Lafuente. Después de tributar al Sr. Barrantes en su discurso un recuerdo y un elogio del ilustre académico finado, describió con interesantes datos y oportunas consideraciones el estado social, político y filosófico de Extremadura en el siglo XVI, y, en medio de escogida concurrencia, le contestó á nombre de la Academia el Sr. Cánovas del Castillo, con otro discurso también notable y erudito.

FLORENCIO JAZEN.

FRAY CEFERINO GONZALEZ.

Fiel La Ilustración á su propósito de dar á conocer á los hombres más notables de España, así en las esferas de la política como en la de las ciencias y las artes, saca hoy á luz de las ignoradas filas de los misioneros de Asia un filósofo ilustre, cuya reputación y sólidos conocimientos nos envidian las naciones extranjeras, habiendo merecido en más de una ocasión que las Revistas europeas le comparen con el célebre Balmes, á quien si no iguala en actividad literaria, quizás exceda en criterio filosófico.

Fray Ceferino Gonzalez es un joven fraile dominico, educado en la Universidad de Manila, aunque nació en Villoria, provincia de Oviedo, en 28 de enero de 1831. Habiendo hecho sus primeros estudios en el colegio de Santo Domingo de Ocaña, alistóse para las misiones de Filipinas, siendo aún tan niño que sólo tenía diecisiete años de edad, tras de estudios mayores y el orden de acólito. En Santo Tomás, que así se llamaba la Universidad de Manila, aunque recientemente le ha variado el nombre un espíritu revolucionario y algo peor, que no concuerda con lo que sucede en la Habana, donde las nuevas generaciones están siendo filibusteras desde que se suprimió la Universidad de San Jerónimo, en Santo Tomás completó sus estudios el P. Gonzalez con tanto lucimiento, que pasó en seguida desde los bancos á la cátedra y á regentar la de filosofía, donde le esperaba envidiable reputación.

Escitado por los superiores de la Orden de Santo Domingo y por hombres eminentes de Europa, á quien había llegado la fama de sus profundos conocimientos teológicos, dió á luz en 1863 sus *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, en tres tomos en 4.ª, obra que apenas publicada le valió unánimes aplausos del mundo científico y era traducida al italiano y al francés, honor que desde Balmes y Donoso no habían vuelto á alcanzar los filósofos españoles. S. S. Pío IX había dicho al leerla: «De estas obras quisiera yo que se imprimiesen muchas.» Las más acreditadas Revistas extranjeras hicieron justicia al indisputable mérito de un libro, que aunque escrito por un fraile misionero y sobre asunto que pudiera prestarse á las más rancias elucubraciones, rebosa en todas sus páginas liberalismo ilustrado y racional, que dista tanto de la vetusta casuística como el día de la noche. Los que hayan leído recientemente en el prólogo de un deplorable documento oficial, que en la Universidad de Manila sólo se aprende una filosofía escolástica propia de los peores tiempos del oscurantismo, deben examinar la obra del P. Gonzalez, fruto de los estudios recibidos y de las lecciones dadas en aquella casa, para convencerse de que los des-

varios reformadores de que está siendo víctima Filipinas, tienen la misma razón de ser y producirían los mismos resultados que la reforma de la Universidad de la Habana. Ciertamente que la filosofía escolástica es la más apropiada para preparar al estudio de la teología dogmática; cierto que este es el procedimiento científico adoptado por la Orden de Predicadores en la Universidad de Manila y en todas sus casas de estudio; pero no es cierto, como suponen los reformadores superficiales que acaso no saben lo que es filosofía, que la dogmática sea obstáculo para que se estudien también todas las teorías modernas, como demuestran eloquentemente los *Estudios de Santo Tomás*, del P. Gonzalez. Al contrario, en esa obra, que viene á ser un exámen comparativo de las diversas soluciones que las escuelas filosóficas han dado á los problemas capitales de la ciencia, muestra su concienzudo autor plenitud de conocimientos sobre la filosofía moderna, desde Condillax hasta Krause, y va uno por uno examinando sus aciertos ó sus errores. Ni se muestra en ella el P. Ceferino admirador indiscreto y exclusivo de lo antiguo, ni desdeña los legítimos adelantos de la ciencia moderna, antes bien él cree que no en vano pasan los siglos, y no en vano la humanidad salió perfectible de la mente de su divino Autor; pero tampoco desconoce, como ningún filósofo liberal y verdaderamente racionalista en el buen sentido de esta palabra, que el materialismo, el positivismo y otras escuelas modernas han desbarbado tristemente al tratar cuestiones capitales que la filosofía cristiana desde los primeros tiempos de la Iglesia y de la ciencia había elevado á la categoría de verdades absolutas.

Entre los más notables encomios tributados á la obra del catedrático de la Universidad de Manila, debemos recordar los de Mr. Venillot en el *Univers*, y los de la desdichada y aristocrática *Revista Católica*, para quien las esferas de la ciencia casi nunca se extienden más allá de las lenguas latina é italiana. En nuestro país, por no extendernos demasiado, recordaremos solamente las honrosas palabras que en pleno Congreso dedicó al autor y á su bello libro el ministro de Ultramar don Manuel de Seijas Lozano, en 1865.

Tres años después, y ya en España, adonde había traído al P. Gonzalez esa enfermedad cruel que el trabajo acarrea en Filipinas al hombre, máxime si al intelectual agrega el del pólipo, el del confesonario y la cátedra, como aconteció al ilustre pensador, sacó á luz en Madrid su *Philosophía elemental*, en tres volúmenes en 8.ª, que el primero comprende la Lógica, la Psicología y la Ideología; el segundo la Ontología, la Cosmología y la Teodicea, y el tercero la Ética y la Historia de la filosofía. Dejando á un lado los dos primeros volúmenes, cuyo mérito es relevante, el tercero comprende un estudio sintético, no sólo de la filosofía española desde los hebreos y los árabes, sino de toda la ciencia moderna, incluso las escuelas inglesa, escocesa, alemana, comunistas, socialista, etc., etc., que en nuestro concepto aventaja á cuanto se ha escrito sobre este asunto en nuestro país.

La circunstancia de haber usado el ilustre profesor la lengua latina, que ha contribuido á vulgarizar extraordinariamente su obra entre los sabios extranjeros, produce en España el efecto contrario, en esta España donde el latín era hasta el siglo XVIII el único lenguaje de la ciencia. Para evitar este inconveniente el P. Ceferino está traduciendo al castellano su *Filosofía elemental*, y ampliándola y ensanchándola, con lo que esperamos que muy pronto corra vulgarizada en nuestras Universidades, como ya corre en las de Alemania é Italia y en casi todos los seminarios del mundo católico.

Restablecido de sus penosas dolencias, el joven filósofo de la Universidad de Manila se halla actualmente en Madrid, dedicado al estudio y al trabajo, por haberle sido admitida la renuncia de su último cargo. La Orden le había encomendado la dirección del colegio de misioneros de Ocaña, donde ha introducido las más trascendentales reformas para poner aquellos estudios á la altura que ya tienen de una floreciente Universidad, dotando entre otras la sección de física y química, hasta de un gabinete fotográfico, organizando su copiosa librería, procedente de los conventos dominicos suprimidos, y llevando á las cátedras el más brillante personal de la Orden; y así los misioneros que hoy salen para Filipinas de aquella casa, tienen todos los conocimientos que exige la civilización y la dificultad de los tiempos que corren para nuestras provincias ultramarinas. Sensible es que fray Ceferino Gonzalez haya levantado la mano de tan noble tarea; pero la filosofía y la literatura española están en cambio de ennobrecerse, que su último escrito sobre *La infidelidad pontificia*, más vigoroso y pintoresco de estilo, más robusto y generalizador de ideas, revela ya al hombre que ha refrescado su her-

mosa inteligencia, quizás demasiado caldeada por el sol de los trópicos, en las corrientes vivificadas del mundo, que llevan también, entre mucho bueno, pura y cristalinos raudales.

Sin temor de error puede pronosticarse que el autor de los *Estudios de Santo Tomás* y de la *Philosophía elemental* está destinado á dar á su patria muchos días de gloria.

A. S.

OBRAS PUBLICAS EN MADRID.

NUOVO DEPOSITO DE AGUAS DEL LOZOYA.

No han transcurrido catorce años desde que las aguas del Lozoya llegaron á Madrid y entraron por primera vez en el Depósito de la Pradera de Guardias, y ya se levanta en la inmediación de esta obra y con mayores dimensiones, otra construcción destinada, como aquella primera, á acumular á la entrada de la población el agua que el canal conduce para el surtido de Madrid. Y el público, curioso de suyo y mucho más en asuntos que tan de cerca y profundamente le interesan, preguntará: ¿Por qué existiendo un primer depósito que durante tantos años ha llenado su objeto, se construya ahora un segundo de mucha más importancia? Y ¿por qué si esta nueva obra es necesaria, se ha dejado transcurrir tan largo plazo antes de emprender su realización? Preguntas son estas muy oportunas y á las que conviene dar cumplida satisfacción: interesa á todos los habitantes de Madrid saber por qué se están invirtiendo algunos millones en el nuevo depósito del Campo de Guardias, y qué ventajas van á conseguir en compensación de aquel sacrificio; y no deja además de merecer por sí alguna atención cuanto se relaciona con el difícil problema de suministrar aguas potables á una ciudad tan populosa como la capital de España.

Para comprender toda la importancia de la nueva obra del Campo de Guardias, es indispensable conocer, siquiera sea ligeramente, los servicios que en toda población, cualesquiera que sean las condiciones en que se halla colocada, ha de prestar un depósito general de aguas potables.

El abastecimiento de aguas de todo gran centro de población, se hace siempre de una manera uniforme y continua; es decir, que las obras de conducción de las aguas, bien sean acueductos ó cañerías, las traen á la inmediación de la ciudad durante las veinticuatro horas de cada día, y conducen la misma cantidad de agua en cada una de estas veinticuatro horas; aun en aquellas poblaciones en que el servicio no es continuo, como sucede en algunos puntos donde se eleva el agua por medio de máquinas de vapor, la alimentación se hace sólo durante cierto número de horas en cada día, es verdad; pero en esas horas el volumen de agua elevado es invariablemente el mismo. Por el contrario, el consumo del agua en el interior de las poblaciones varía extraordinariamente en los diversos momentos del día, habiendo intervalos en los que se emplea una cantidad de agua muy superior á la que en el mismo tiempo llega á la población, al paso que en otras ocasiones el consumo se reduce á proporciones insignificantes, y puede en ciertos momentos anularse completamente. Y esta variabilidad es inevitable, porque se funda en la simultaneidad de las necesidades de los habitantes que utilizan el agua. Es evidente que la necesaria para los usos domésticos se emplea en ciertas y determinadas horas del día, y que el consumo por este concepto ha de reducirse notablemente en las demás, si es que no desaparece. Inútil sería dejar correr durante las altas horas de la noche y las primeras de la mañana las fuentes de adorno; y el riego de la vía pública, que exige enormes cantidades de agua, se hace en un breve plazo por mañana y tarde. Otro tanto sucede con el riego de los jardines, y hasta hay servicios y atenciones que no es posible sujetar ni á días ni á horas determinadas y que demandan sin embargo masas considerables de agua empleadas en breve tiempo: tales son la extinción de los incendios, el barrido de nieves y el de losos, y otros que sería prolijo enumerar. En una palabra; si las cañerías de distribución en el interior de una ciudad arrancasen directamente del canal ó acueducto que conduce el agua, escasearía ésta durante ciertas horas del día para cubrir los servicios de la población y sobraría durante otras de la noche; de manera que apesar de llegar cada día el agua necesaria, quedarían sin cubrir atenciones importantísimas que bastarían por sí solas para motivar la ejecución de las obras de abastecimiento. Y aquí se presenta con la mayor claridad el primer servicio que puede prestar la construcción de un depósito interpuesto entre las

obras de conducción y las de distribución. Porque si en vez de introducir directamente el agua á su llegada á la población en la red interior de cañerías, se vierte en un depósito de cuyo fondo salgan ó nazcan estas últimas, es evidente que cualquiera que sea la irregularidad con que se tome el agua de las cañerías interiores para los usos urbanos, se encontrará previamente acumulada y en cantidad suficiente, con tal que se le haya dado al depósito que la recibe una capacidad interior igual cuando menos al volumen que la población consume cada día. Sirven, pues, las obras de esta clase de regulador general del sistema y permiten atender á necesidades muy variables, con una alimentación constante; son, por decirlo así, como el volante de una máquina de vapor que almacena las cantidades de trabajo mecánico, desarrollado por el vapor de una manera cons-

En resumen: en toda distribución domiciliar de aguas potables hace falta un depósito para los dos objetos siguientes:

1.º Atender á las exigencias del consumo (variable en cada momento del día) con el caudal invariable de alimentación.

2.º Asegurar la continuidad del servicio de distribución apesar de las interrupciones que sufra el de alimentación.

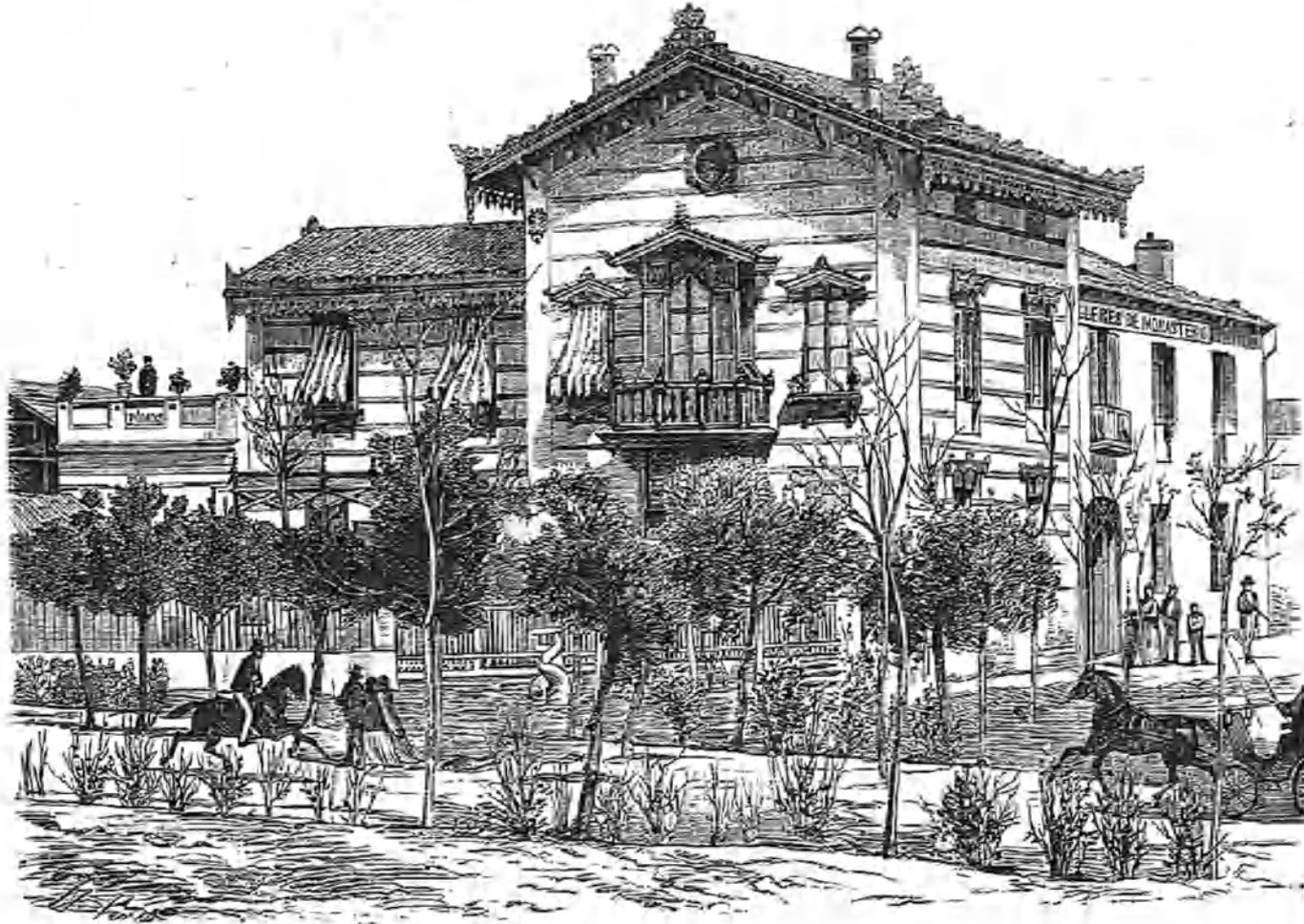
Más si estas son las dos causas generales que motivan la construcción de los depósitos de aguas potables, hay en cada localidad circunstancias especiales que modifican el tamaño de estas obras, y sobre todo los servicios y funciones que han de desempeñar. Madrid se halla en este caso, y precisamente por eso se está construyendo el nuevo depósito de la Pradera de Guardias. El que

en aclarar ántes de distribuirlas las que naturalmente están turbias en el punto donde se toman.

No es esta ocasión oportuna de analizar los diversos procedimientos que se han ideado para conseguirlo; basta decir que en la práctica no se emplean más que dos: el reposo y la filtración. Por desgracia ambos son ineficaces para devolver su completa pureza y claridad al agua que se ha enturbiado y sólo se consigue, y eso á costa de enormes sacrificios pecuniarios, quitarle la parte terrosa más gruesa y abundante.

(Se concluirá.)

X.



CASA DE DON MARIANO MONASTERIO. (PUENTE CASTELLANA: MADRID.)

tante y uniforme para devolverlas al operador en los momentos, y en las cantidades precisas en que las necesita.

Pero no es este el único, ni tal vez el más importante de los servicios que prestan los depósitos de agua. Por cuidadosa y esmerada que haya sido la ejecución de una obra, no hay medio de evitar las degradaciones que ya por el servicio mismo que está llamada á desempeñar, ya por la acción de los agentes atmosféricos, ya por otras muchas causas que es inútil indicar, se verifican siempre, y que si no se reparasen producirían su ruina y por lo menos la dejarían fuera de servicio en muy corto plazo, y esta consideración es de suma importancia tratándose de obras hidráulicas que encierran un poderosísimo elemento de destrucción. Hay por ello que tener en cuenta que si en el estado normal del servicio el agua llega al depósito de una manera continua y uniforme, habrá ocasiones en que será absolutamente indispensable cortar su curso en el interior del canal ó de la cañería de alimentación, sea para practicar algún reconocimiento, sea para hacer alguna reparación ó reconstrucción; é inútil es añadir que en semejantes casos, del depósito, y sólo del depósito, depende la continuación del surtido de la población. Hay aquí un segundo servicio que exigir á esta clase de obras, y para llamarlo cumplidamente no basta con que su cabida sea igual al consumo de un día. Necesitan contener el agua indispensable para surtir á la población durante el número de días máximo en que pueda estar interrumpido el curso del agua en el interior de las obras de conducción; número que nunca puede fijarse con toda precisión y que depende de condiciones puramente locales.

hoy existe y está funcionando desde la inauguración de las obras en 1858 ha llenado cumplidamente los dos objetos señalados. Su capacidad no es grande relativamente á la población de la corte; apenas si contiene el consumo de tres ó cuatro días; pero la buena ejecución de las obras del canal ha hecho que las interrupciones del servicio de alimentación no lleguen á aquel número de días. Se ve, sin embargo, que no es una situación completamente satisfactoria la de hoy. Disponer únicamente del agua necesaria para cuatro días á lo sumo, cuando el Lozoya está separado de Madrid por una línea de obras de 76 kilómetros de largo, situada al través de terrenos muy quebrados y cuajada de acueductos, túneles y sifones, es tener una amenaza pendiente y estar expuesto á carecer de agua durante varios días, si llegase á ocurrir un siniestro de alguna importancia.

Esta consideración bastaría por sí para motivar la nueva obra del Campo de Guardias, si no existiese otra que actúa hoy ya con suma fuerza y que exige dar á aquella obra mayores proporciones.

Todo el mundo sabe que una de las condiciones que han de reunir las aguas potables es la de no tener materias ningunas en suspensión, que siempre alteran su transparencia y claridad. De aquí el gran aprecio que se hace de las aguas de manantial que, con muy contadas excepciones, sufren una filtración natural y salen á la superficie más claras y agradables á la vista que las de cualquiera otro origen ó procedencia, si bien en cambio suelen cargarse en su trayecto subterráneo de materias en disolución, que sin alterar su transparencia, las hacen menos propias para la bebida y demás usos domésticos é industriales, y de aquí también el empeño

ADVERTENCIA.

Existen ejemplares de los tomos 1.º y 2.º de LA ILUSTRACION DE MADRID, que se darán al precio de SESENTA REALES uno, á todos los que se suscriban á esta publicación cuando menos por seis meses.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID	CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.
Tres meses 22 rs.	Medio año 85 »
Medio año 42 »	Un año 160 »
Un año 80 »	
EN PROVINCIAS:	AMERICA Y ASIA.
Tres meses 30 »	Un año 240 »
Medio año 55 »	Cada número suelto en Madrid 4 »
Un año 100 »	